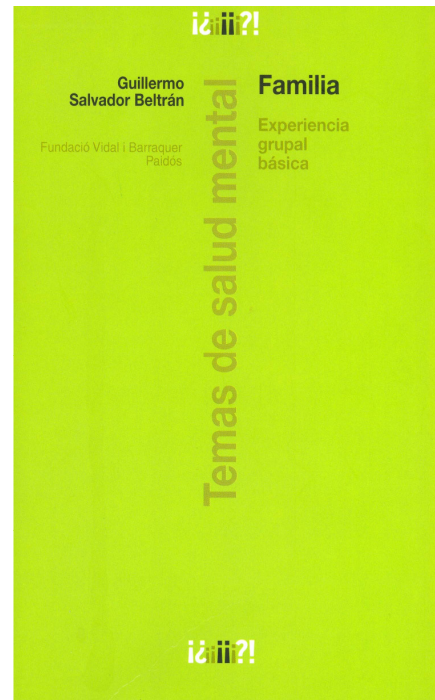


## Familia. Experiencia grupal básica.

Guillermo Salvador Beltrán

Barcelona: Fundación Vidal i Barraquer / Paidós.

Col. Temas de Salud Mental  
Original de 2008



### Reseña de Teresa Martínez

#### Capítulo 1: grupo, vínculo y familia.

El libro comienza con un breve análisis del contenido histórico antropológico, en el que subraya la necesidad de los mamíferos y en especial, la de los seres humanos, de constituirnos en grupos como clave de supervivencia. Remarca la precariedad de nuestra individualidad y la consecuente necesidad del grupo, la cooperación y la comunicación como elementos esenciales, que nos harán transitar la dialéctica individuo-grupalidad. Se ofrece un arduo debate entre las concepciones evolucionistas frente a las de simbiogenéticas, las primeras priman la competición, la adaptación y la supervivencia del más fuerte y las segundas abogan por la cooperación entre individuos para tener una oportunidad de desarrollo exitoso.

Podríamos ver que el libro muestra una perspectiva relacional al defender el valor de la grupalidad como aliado para el desarrollo y el crecimiento. El concepto de simbiosis de Bion nos da la opción de cambiar el prisma y contemplar al grupo como un fenómeno no alienante para el individuo, y nos ofrece por tanto, la posibilidad de reconocer nuestra dependencia: nuestra necesidad de otros para poder desarrollarnos, cooperar, aprender y crecer, abrirnos al mundo relacional que nos enriquece...así el grupo deja de ser una masa que nos aliena y nos deja desprovistos de identidad para conformarse en un aliado de nuestro crecimiento. Podemos desmarcarnos de ideas puramente sociológicas o individualistas para adentrarnos en un concepto interactivo, dialéctico y dinámico de lo relacional: nos desarrollamos desde la grupalidad "sin experiencia grupal no habría vida mental"

Ya el mismo Freud expuso "toda psicología es una psicología social", es por eso que el grupo es un elemento vertebrador de nuestro mundo interno, por medio de nuestras experiencias grupales que conforman de algún modo (no determinista) nuestra estructura de personalidad. Todo lo que vengo diciendo anteriormente el autor lo desplaza al concepto de familia, ya que este supone una conceptualización especial del término grupo, sin dejar de serlo en si mismo. Es por tanto la familia un grupo especial, con características propias que intentaré resumir sucintamente en apartados posteriores.

Tras esto, el autor nos regala la exposición de varios modelos grupales según la visión de importantes autores desde el campo de la sociología que pretenden aportar algo de luz al concepto de nos ocupa: el grupo. Así el libro, expone de forma clara y breve modelos como el de K. Lewin y su Teoría de campo (con su visión gestáltica del grupo como un todo, y su concepto de dependencia recíproca o interdependencia), McDougall y su grupo organizado y su concepto de regresión en el grupo), Foulkes, (apoyándose en Lewin lanza al grupo como un todo dinámico y ahistórico basado en el aquí y ahora y concibe el grupo como una red o matriz grupal acercándose a la interacción dinámica que supone lo relacional), también se destaca la labor de Bion en el estudio del grupo que recoge influencias del psicoanálisis y autores anteriormente citados (Bion entiende al grupo como un todo ahistórico sin líder y aporta la idea novedosa de que el grupo se organiza de forma consciente en el grupo de trabajo bajo el que reside un nivel de supuestos básicos inconscientes: la dependencia, el emparejamiento, el ataque-fuga; es también interesante el concepto bioniano de mentalidad grupal primitiva y sistema protomental sobre lo que debatiré más adelante.

La experiencia grupal trasciende lo biológico y se crean necesidades emocionales entre los miembros, lo que denominamos: vínculo. La grupalidad aporta protección y seguridad a sus miembros, pero el vínculo es lo que hace al grupo "un algo cohesionado", es una estructura interiorizada de una experiencia relacional afectiva.

El vínculo puede estar establecido sobre varios marcos: biológicos o no biológicos. Sobre los primeros podemos decir que son más fuertes y su clasificación según Strauss podrían ser: los vínculos de sangre (padres-hijos) y los de consanguinidad y aseguran la perdurabilidad. Los segundos son menos sólidos y contemplan la alianza (vínculo de pareja) basado en una unión por factores emocionales. En el libro se trata también sucintamente el tema del arraigo.

El vínculo incluye también aspectos más emocionales, tales como proporcionar lo necesario para el buen desarrollo, no solo desde un matiz material, sino también de apoyo, contención, sostén y afecto; este tema está muy bien recogido en la obra de D. Winnicott en el que se contempla el sistema madre-bebé como un núcleo de experiencias afectivas que determinan el potencial desarrollo del niño. Hay conceptos clave como el espacio mental compartido en el que se genera un crecimiento intersubjetivo. No son dos individualidades mirándose, sino que es una sola al servicio del desarrollo y la creación de una nueva subjetividad. El proceso de vinculación no obedece únicamente a una necesidad de arraigo o perdurabilidad sino que representa una experiencia desde la cual aprendemos la realidad a través de los otros. Es dentro de este sistema donde se comienza a jugar la presencia de pares antitéticos: amor-odio, encuentro-desencuentro, pérdida-recuperación.

Los diversos estilos vinculares del grupo familiar generan funciones emocionales que dará contenido a la función básica: la función de cuidado. También se generan diversas funciones asociadas a su par antitético correspondiente, así: amor-odio, contención-persecución, esperanza-desesperanza.. a partir de su combinación dinámica entre los miembros de la familia se podrán describir diferentes tipos: parental, matriarcal, patriarcal, pandilla o inversa.

El vínculo es por tanto, un organizador de relaciones y conductas, ya que según haya funcionado el sistema cuidador-bebé, así se habrá interiorizado una forma de relación u otra (podríamos incluso aventurarnos en hablar de aprendizaje por modelado inconsciente). Si partimos del vínculo como estructura biopsicosocial, en tanto que necesidad de emocionalidad, hay que contemplar la dimensión organizadora del intercambio y la interacción afectiva. La afectividad es necesaria para poder "resistir" a las vicisitudes del desarrollo. Por lo tanto la interiorización de un buen sistema de vinculación es decisivo es por ello, por lo que se destaca, con gran acierto, los estudios de autores de la teoría de las relaciones objetales ("no se busca la satisfacción de la pulsión sino el contacto con el objeto") También se nombran autores relacionales que han arrojado luz a la complejidad de la relación entre desarrollo temprano y personalidad (vease Winnicott). En el libro se resume la teoría del apego de Bowlby con la importancia que dio este a las carencias afectivas en el desarrollo de la personalidad delictiva, y se subraya el sistema de apego como un organizador de peso en la conducta y en la forma de relación que adopta el individuo. Se remarcan los términos de polo exploratorio y polo de retorno al apego.

Se nombran también los estudios de Lorenz y su imprinting y los de la situación extraña en

Baltimore, así como el concepto de respuesta sensible de Ainsworth. Pero me gustaría subrayar la importancia del equilibrio armónico del sistema para que se dé una interiorización de apego en forma de confianza, que facilitará el progreso de conductas exploratorias y así un acceso gradual a la autonomía. Es así que el libro recalca la importancia de un sistema de apego seguro dentro de la clasificación de Bowlby (apego seguro, apego evitativo, apego desorganizado, apego ambivalente o resistencial. Se resalta la dinámica entre desarrollo emocional y estructura de personalidad a la que me he referido antes. ( el reconocimiento de la influencia temprana de los padres en la evolución del desarrollo): autonomía no es lo mismo de autosuficiencia

En este capítulo se expone el tránsito de lo primitivo (simbiosis) a la grupalidad y al vínculo para contemplar la realidad de la familia: es así que la familia es y ha sido siempre lo mismo aunque es bien cierto que ha cambiado en sus formas, debido a que ha tenido que adaptarse a los cambios sociales

La familia es un grupo pequeño que se constituye como institución para intentar satisfacer las necesidades de sus miembros y a la vez se configura como organización regida por un funcionamiento propio. Si bien el diálogo permanente familia-sociedad es una dinámica abierta y permanente, es permeable a la influencia de uno hacia otro, por lo que uno cambia dependiendo de las necesidades de otro. En el libro se ofrecen retazos de capítulos de la historia de la familia (desde cuando esta se concebía como pacto de perdurabilidad de bienes materiales, por influencia de factores de clases y económicos hasta la actualidad cuya base de la familia se haya en el pacto de dos individualidades libres que deciden unirse desde la vulnerabilidad de lo no estable de lo emocional)

Es claro que la cultura en la que nos movamos las concepciones en las manifestaciones de la familia cambiarán, la familia es algo mutable si bien el concepto nos remite a lo mismo: las funciones. Por ejemplo en el libro se exponen los términos de familia nuclear (conviven padre-hijos) y familia extensa (padres-hijos-parientes), antes en España al menos, primaban las segundas y en la actualidad es más común o frecuente encontrarse lo primero; quizá en esto haya influido condiciones económicas y sociales No existe una única evolución de la familia sino que en cada marco social diversas formas familiares.

Como expone Thomas: " la familia es un marco de crecimiento emocional" y desde ahí ha de estar constituida por ciertas normas (también derechos y obligaciones): regidas por el tabú del incesto (como norma de organización social, y factor edípico). Por otro lado es necesario que la sociedad reconozca el matiz emocionalidad que sustenta la familia (como un factor no meramente racional) y contemple la aparición de las crisis en la familia como una realidad innegable y de la que la sociedad también ha de hacer uso de su responsabilidad.

En la familia se da lo que el autor llama una excepcionalidad afectiva cuyo objetivo no es solo crear grupo sino cuidarlo (función) y crear un espacio en el que cada miembro reciba la potencialidad del vínculo afectivo, es por tanto, depositaria de expectativas de dependencia y más tarde demandante de autonomía. Es una matriz de sistemas inconscientes (contenedor-contenido) es una estructura viva y única que participa y da forma del aparato mental de cada uno de sus miembros.

## Capítulo 2: Familia y momento social

En el momento actual la familia se expone como protagonista y como víctima, a merced de la vorágine del debate entre el acceso a las libertades individuales y el sostenimiento de los valores familiares grupales. El libro resalta la enorme importancia de las condiciones socioculturales que modulan las posibilidades de las parejas para llevar a cabo las tareas emocionales de organizar una familia. Los padres deberán desarrollar funciones parentales de cuidado para favorecer el concepto de *reverie* que propone Bion por medio del cual el bebé entiende que su cuidador se hace cargo de sus angustias más profundas y le presenta la realidad de forma controlada y benigna, este término concuerda profundamente con el propuesto de Winnicott: holding.

El acceso a la llamada sociedad del bienestar no supone linealmente un progreso en la concepción de la familia, que se haya naufragando entre dificultades (difícil acceso de los jóvenes a la independencia, el retraso de la edad de maternidad...) que son el precio a pagar por el

ingreso en una sociedad progresista de complejidad económica.

En la actualidad se han modificado los modelos sociales de convivencia familiar: antes la vida familiar se desarrollaba en grupos relativamente grandes y ahora los núcleos familiares son cada vez más pequeños. Se vive más tiempo, pero a un ritmo y con prioridades bien distintas. Vivimos por tanto desde una complejidad enorme, tenemos un panorama social lleno de innovaciones y cambios pero es imprescindible construir una ética y un sentido para esa innovación como señala Russell.

El libro analiza detalles de los cambios sociales tales como la incorporación de la mujer al mercado laboral (con la consecuente disociación entre maternidad vida laboral), la familia nuclear como modelo dominante (debido a la reorganización económica que llevó a la primera sociedad de consumo y que hace que los grupos se reduzcan para hacer frente al reto de conseguir un nivel de vida adecuado), los métodos anticonceptivos y la masculinización de la mujer (la mujer queda libre de la sumisión al hombre y preceptos religiosos y puede decidir sobre la maternidad y a la vez se da competencia en el mercado laboral y la mujer pugna por puestos de importancia con el hombre; así el autor cree que estos son bases de cambio del modelo masculinidad-feminidad, ya que considera que no se contempla a la mujer en su totalidad ya que esta debe por un lado abrirse camino en el difícil mercado laboral y demora así el acceso a la maternidad) por otro lado los movimientos antipsiquiatría y contraculturales (ponen de manifiesto la necesidad de libertad y la rebeldía contra las normas sociales y se fomenta desde estos grupos la educación en libertad relegando la familia a un segundo plano en un intento de promover la justicia social; además el papel del enfermo torna en la responsabilidad en el núcleo familiar con el concepto: familia enferma, como génesis del trastorno mental (portavoz de riviere) , además con el divorcio y la conquista de libertades individuales, nacen nuevos modelos de familia monoparentales, pluriparentales, con la complejidad que esto supone y el consecuente duelo de modelos, las técnicas de fecundación artificial (es un avance al servicio de las consecuencias de retrasar la maternidad y es a la vez un progreso que entraña otros inconvenientes: partos múltiples), por último la adopción es otro recurso a disposición de las parejas (pero ha de tenerse en cuenta las dificultades que entraña: no es lo mismo que un hijo biológico y no ha de ser un derecho de las parejas, sino mas bien un derecho del niño desamparado y la dificultad que este puede presentar para formalizar vínculos afectivos).

Tras esto el libro recoge aportaciones de la sociología sobre este campo, y que pretende mediar en el diálogo entre lo social y lo psicológico. La aportación de Beck rescata la idea de que la individualidad gobierna nuestro tiempo, la preocupación social por los riesgos que conlleva el progreso y la caída de principios ideológicos. Con la postmodernidad se ha ido diluyendo la identidad construida en el grupo familiar para anclar en el desarrollo de una autosuficiencia e individualidad ("con el declive de los referentes grupales el individuo debe convertirse en agente de su propia identidad") Debido a la emergencia de la individualización aparecen lo que Bech llama "categorías zombi", conceptos muertos y vivos al mismo tiempo. El autor recoge también las aportaciones de Bauman y su "vida líquida" para exponer que las condiciones de actuación de los miembros de la sociedad cambia antes de que las formas de actuar se consoliden en hábitos y rutinas determinadas, es así que en la sociedad actual se prima la velocidad antes que la reflexión : lo denominado en el contexto terapéutico actino out

Barman enfatiza la fragilidad de los vínculos humanos y su incidencia en la organización social ya que la velocidad de cambio impide aprender de la experiencia.

Hay necesidad de elaborar un duelo social, ya que como expone el libro el malestar social es un síntoma de un complejo proceso de asunción de pérdidas. Es necesario encontrar una forma de elaborar las pérdidas y los cambios de referente. Coderch enfatiza que el funcionamiento social es predominantemente narcisista, en el que se niega la dependencia y se prima la velocidad para satisfacer las necesidades desvalorizando la espera.

Por tanto podemos decir que el modelo que está fragmentando en tanto en cuanto el amor, la pareja, la familia, la estabilidad antes eran términos que iban inexorablemente unidos, mientras que en la actualidad la creencias y la tradición no son elementos que ya mantengan unidos tales concepciones. La pérdida de referentes identitarios coloca a las familias en un movimiento de contraidentificación respecto a su propia historia. En la postmodernidad conviven la

fragmentación de referentes y la búsqueda de contenidos.

Por otro lado se expone la dinámica dialéctica entre el narcisismo y la dependencia, entre la autosuficiencia y la realidad de la interdependencia. La aceptación del compromiso emocional es una condición básica para asentar los cimientos de una estabilidad emocional. Se vuelve al concepto de amor líquido de Barman. Si hemos hablado de la fragmentación de un modelo consecuentemente habrá que hablar de la pérdida de contenidos éticos que sustentaban tal modelo (en la actualidad podemos decir que los contenedores que daban sostén a tales valores éticos: el estado y la iglesia, han dejado de ser modelos de poder y autoridad, primándose las funciones individuales o de pequeños grupos, por decirlo de otra manera, la familia ha de ocuparse ahora de las responsabilidades que antes recaían en otras autoridades. Tras esta pérdida de modelos, se intenta buscar unos nuevos o hacer una regresión al modelo inicial, llevando por tanto, a la sociedad a caminos de confusión e inseguridad y a la coexistencia de modelos. Esta coexistencia diluye lo que el autor refleja con el concepto de "sentido común emocional" y se disloca en actitudes contrapuestas tales como: la dependencia excesiva del saber externo (adiestramiento constante de normas sobre cómo educar, recetas de buena parentalidad) o la sobredimensión narcisista patológica (donde prima el narcisismo de los padres y no cabe el cuidado de los hijos, donde no se crea un espacio mental compartido) lo que me remite al concepto de *enough good mother* de Winnicott

### Capítulo 3: de lo llamado edípico y la familia

El libro propone que la existencia del individuo halla su sentido en su historia familiar y su experiencia. Lo edípico formulado por Freud pretende dar cuenta del proceso de desarrollo individual no del grupo (parte de la mente aislada del bebe y de conceptos como angustia de castración o envidia del pene para conceptualizar las diferencias anatómicas y pasa también por la formulación de las fases del desarrollo psicosexual como proceso de identidad). Se exponen brevemente las aportaciones de autores como Klein, y los disidentes de psicoanálisis clásico (Fairbairn, Ferenczi, Kohut, Winnicott, y autores relacionales) que abogan por la no universalidad del edipo e inciden en la importancia de las relaciones objetales. Se hace alusión al debate acerca de si la agresividad es un factor innato o por el contrario es un producto de la falla del sistema de cuidado: agresividad como contenido o como factor. Por tanto podemos decir que lo edípico no es un proceso de desarrollo individual sino la resultante de la interiorización de lo que sucede en la experiencia interna de un grupo. El edipo se establece como un organizador grupal, una resultante interactiva de carácter multidireccional en el que confluyen fantasías compartidas desde imaginarios compartidos conformando así, una mentalidad grupal, un imaginario grupal. Lo edípico es también una interiorización individual y subjetiva de la historia familiar, es por tanto, una representación interna de lo experimentado externamente. La dimensión organizadora del edipo constituye un crisol multiidentificador, producto de proyecciones e identificaciones múltiples, es una amalgama afectiva de alta intensidad, una trama de excepcionalidad afectiva, en la que cada uno aprende a vivirse.

Lo edípico y su formulación grupal como factor de organización nos abre el camino del tránsito de lo grupal a lo subjetivo. Es así que de la interacción nace una visión propia, una interpretación personal de la dinámica familiar y en tanto esto es así, surge la subjetividad como nuevo ente del producto del juego intersubjetivo: de la interacción surge la capacidad de vivenciarse como sujeto. Para la formación de esta nueva subjetividad es muy importante la confirmación del grupo, la validación y el reconocimiento, para modular malentendidos o modificar interpretaciones erróneas. Las figuras parentales se yerguen así en objeto central de identificación (nos vemos modelados en función de tales figuras, por imitación y nos vemos "mimetizados" sobre sus funciones, contagiados del otro, es así que se pone de relieve la importancia de lo relacional. Las identificaciones con los padres son la base de la identidad adulta (de la imitación a la ficción y a lo simbólico).

Después de este análisis el libro muestra la capacidad de crear mitos; estos tendrían su origen en interpretaciones subjetivas. El objetivo del mito es convertir lo subjetivo en objetivo, configurar lo imaginario en verdad absoluta que quedaría depositada en la mentalidad grupal de forma consciente e inconsciente. Los núcleos míticos se convierten en verdaderos referentes en la



historia familiar, difuminando así la frontera entre verdad y ficción, es por tanto, una ficción artificial que encubre la verdad. Los mitos son portadores de formas de actuar y conforman de alguna manera la forma de ser. Lo mítico en cuanto a ficción es opuesto al crecimiento y al cambio, se yergue como una verdad y un camino inflexible y rígido, incuestionable. El mito provee de símbolos al imaginario grupal y determina un conjunto de contenidos narrativos que circulan dentro de la familia. Lo hereditario o lo aprendido, lo innato y lo adquirido, lo intergeneracional se entremezclan en un contencioso debate.

En toda familia hemos de analizar el contenido intergeneracional transmitido y que es revisado en cada generación, ( se trasmite en general un modelo de crecimiento o antecrecimiento). Cada individuo procesa con su subjetividad, como filtro, la dinámica intergeneracional y revisa los patrones y los modelos y los modifica o se adapta a ellos. El autor hace referencia a varios aspectos que se transmiten intergeneracionalmente y a los que hay que prestar especial atención: el narcisismo (el estilo de relación: en narcisismos patológicos se impide el reconocimiento del otro como ser autónomo y se le busca sólo para completar las carencias propias), los mitos (entendiendo estos como propuestas de identificación y organizador del funcionamiento familiar. Lo mitificado puede ser o una persona o una situación producto de un duelo y responde a una necesidad de hacer presente lo ausente y se establece como una tradición grupal. Este presentificar no responde sólo al hecho de elaborar ciertos duelos sino de vertebrar un sentimiento de historia desde un sentido mítico), además también se transfieren los conflictos no resueltos, quedando anclados en la dinámica familiar y convirtiéndose en algo pre-establecido por su no elaboración, no son materia inerte y se transfieren en la búsqueda consciente o inconsciente de una solución. La transmisión intergeneracional queda inserta en un marco de tres generaciones dejando a la cuarta más libre para establecer otro ciclo.

Para finalizar este apartado el autor propone la descripción alegórica, explicativa de la historia familiar del mito de Edipo: la perpetuidad en el poder con la unión de sus padres, la desorganización narcisista de Layo contribuye a no crear ese espacio mental compartido y lleva a ambos (Yocasta que idolatra a Layo y a este) a abandonar a Edipo, que se vivenciará como un ser desamparado y despertará posteriormente su ira al descubrir el mito, ficticio de haber crecido en la mentira de una adopción no expuesta, ni elaborada, ni explicitada, ni gestionada. La mentira por tanto, se convertirá en el organizador de la tragedia edípica. El oráculo le ofrece un mito: él asesinará a su padre y este mito lo transforma en verdad absoluta que será la que guíe su conducta: la rabia y el odio que suponen su propio sentimiento abandonónico. Emprende su viaje a Tebas donde se cruza con un desconocido que le pedirá paso y Edipo se lo niega y le mata (sin saber que es su propio padre). Se convertirá en un ser que no se dejará pisar, fuerte y falsamente autosuficiente que le permite resolver el enigma de la Esfinge que custodia Tebas, y así acceder a la mano de Yocasta (sin saber que es su propia madre). Edipo y Yocasta tienen descendencia y Tebas queda maldecido hasta que se desvele la verdad (quien fue el asesino de Layo, para ser castigado). Es aquí donde se pone de manifiesto la venganza y el castigo como únicas soluciones. El propio Edipo convoca a Tiresias para que descubra la verdad y será precisamente la verdad la que condenará a Edipo como culpable, ante tal revelación Yocasta se ahoga y Edipo se mutila (se vuelve a explicitar la agresión y la ausencia de reparación). Aquí se pone de manifiesto la importancia de los vínculos afectivos desde la verdad, el perdón y el espacio mental compartido que genere sanas funciones de narcisización.

#### **Capítulo 4: De la parentalidad**

El hecho de crear una familia si bien es cierto que se apoya en una base biológica tiene a trascenderlo para apoyarse en dimensiones psicológicas, sociales y emocionales. La creación de una familia es un diálogo entre lo interno y lo externo, entre lo consciente y lo inconsciente, entre lo ideal y lo real. Supone así, un equilibrio armónico entre los potenciales ( fruto de un desarrollo relacional y un conjunto de capacidades y limitaciones personales) y la tarea emocional producto de la relación con el hijo real. Con esto el autor quiero poner de manifiesto el tránsito desde el deseo de ser padres y la realidad de serlo (el juego intersubjetivo de la pareja con la sociedad y en concreto con el hijo que conciben). La posibilidad de ser padres transcurre desde el proceso de plantearse la idea de serlo ( racional y consciente), la aparición del deseo y la capacidad de llevarlo a cabo. El deseo consciente no se acompaña siempre del deseo

inconsciente y cuanto más disarmonía exista entre ambos mayor posibilidad de conflicto y perturbación.

La idea de ser padres surge de la interacción de diversos factores: la observación de modelos y el contenido del contexto social. Este aspecto consciente se acompaña de la idea inconsciente guiada por las representaciones mentales fruto de relaciones objetales previas (en función del desarrollo individual). Hay por tanto interiorizaciones experienciales e influencia continua con estereotipos sociales, es un constante diálogo entre lo interno y lo externo como proceso dinámico en el que las representaciones mentales serán decisivas en cuanto a que son productos de una determinada experiencia mental desde un nivel primario o sensoriomotor, uno presimbólico y otro de carácter simbólico. Las interacciones entre padres-hijos pondrán en marcha un complejo proceso emocional de experiencias cuyo producto interiorizado dará lugar a representaciones que guiarán modelos o prototipos de funciones que quedarán depositadas en la mente individual y grupal, que conllevarán a un inconsciente compartido y un conjunto de interpretaciones subjetivas. Las representaciones son contenido y símbolo.

Lo idea es el motor del deseo que es motivadora de hacer real lo deseado. Pero esto implica cierto camino de tránsito entre la idea, el deseo y la realidad. Pero el deseo tiene aspectos inconscientes ligados al narcisismo, que influyen de forma determinante en el deseo, que ya de por si es ambivalente (encierra motivación y temor a la vez). Es fundamental la integración de aspectos emocionales.

La raíz del deseo de parentalidad procede de factores biológicos, experienciales y subjetivos y del contexto social. Pero es necesario esclarecer que los aspectos que llevan a una pareja a tener un hijo es diferente en el hombre y en la mujer. La mujer se guiará desde las identificaciones con la función maternal de su propia madre (ya desde pequeña el juego de imitación), la fantasía de convertirse en la persona que cuidaba de ella, la satisfacción narcisista de ser completa y omnipotente, el deseo de unión y fusión y la oportunidad de cumplimiento de ideales perdidos, además del deseo de revisar el lazo que la unía a su madre, la oportunidad de reemplazar y separarse de la propia madre y construirse así la imagen de si misma como madre. El deseo del hombre de ser padre está ligado al acercamiento con la figura de su madre y la representación mental de la maternidad (la identificación con la madre) y a la vez la identificación con el rol de padre; también en el hombre se dan aspectos de narcisización como el deseo de perpetuarse.

Tras la llegada del hijo real habrá de darse en los padres una acomodación de las representaciones mentales de sus roles y se dará el diálogo entre ver al hijo como alguien a quien cuidar y ofrecer la posibilidad de crecer o tratarlo como un medio de resolución de sus conflictos personales. Este proceso supondrá una constante revisión de principios conscientes e inconscientes y una elaboración de su propio contenido edípico.

Los potenciales de la parentalidad son un conjunto de predisposiciones emocionales que contribuyen al desarrollo de funciones adecuadas (la disponibilidad de la que habla Winnicott, u otros conceptos de igual importancia como madre suficientemente buena, sistema de cuidado en el que se establece un espacio mental compartido que favorecerá el nacimiento de una nueva subjetividad desde la validación y el reconocimiento, el paso de la dependencia absoluta a la relativa tomando el escenario externo como confiable y bondadoso), es desde aquí desde donde se da la interiorización de lo relacional (desde la aceptación de nuestra dependencia del cuidado de otro). La relación que se da entre la personalidad y la interiorización de patrones relacionales, interiorizados por la identificación y que constituirán un modelo de relación con el objeto de forma total o parcial (solo para que llene nuestros vacíos). El narcisismo es un factor a analizar debido a la influencia que comporta en las relaciones interpersonales y sobre todo de pareja que pueden ser satisfactorias o conflictivas. Desde aquí se pasa a analizar que desde una buena narcisización, y si todo va bien se creará una preocupación genuina por el otro (en M.Klein la aparición de la culpa depresiva como reparador del daño); nace por tanto la subjetividad, la capacidad de autodiferenciación y poder ver al otro como un ser completo capaz de satisfacer y dañar ( se elabora de alguna manera la ambivalencia) y surge la compasión y la capacidad para empalzar con el sufrimiento del otro. La preocupación por el otro representa el paso del egocentrismo al altruismo y es producto del aprendizaje de la preocupación maternal primaria de Winnicott.

Por otro lado, el proceso evolutivo lleva al reconocimiento de la diferencia generacional que facilitará la posibilidad de adoptar el rol de hijo frente al continente de la matriz parental. Para un desarrollo sano es necesario que se establezca una clara diferenciación entre roles para así nos dejar desprovistos a los niños de su rol de hijos, es en cierto modo un contenedor de ansiedades y un sostén evolutivo.

Un modelo de parentalidad adecuado pasa por la aceptación y el reconocimiento del vínculo amoroso de los padres. Configura así un interjuego entre la relación amorosa (

buena, mala difícil) y la representación mental que se configure (aceptación, rechazo, negación). La estabilidad será un factor de gran importancia en la futura parentalidad de su hijo. En la primera infancia y en la posterior revisión de la adolescencia donde se juegan los potenciales de la parentalidad. Desde las identificaciones de sexo y género, el duelo de la sexualidad infantil, la genitalidad y la elección del objeto sexual, en este contexto se movilizan la compleja trama de identificaciones con lo masculino y femenino y las imágenes asociadas a estas. Esto configurará la visión de nuestros padres y la nuestra propia. Por una revisión de estos aspectos se generan asociaciones entre pares lo femenino asociado a lo materno y a lo paterno (y sus contrapuestos) y lo masculino asociado a lo materno y a lo paterno (y sus contrapuestos).

La adolescencia supone un paso de realismo en tanto en cuanto se da cierta autodiferenciación y algo de autonomía, es una separación emocional de un estilo de relación basado en la familia para entrar en contacto con su grupo de iguales y los padres habrán de permitirlo, por lo que, la familia tendrá que elaborar cierto duelo. La adolescencia es un acercamiento del joven al rol de adulto. Es aquí donde se plantea el acceso a la autonomía (capacidad de cuidarse, acceso a un sistema de valores propios y a cierta responsabilidad, acceso a la disponibilidad emocional respecto al otro y la capacidad de reparación. La adolescencia es pues una etapa crucial de la identidad del individuo, en la que se da una revisión de su patrón relacional y de identidad y una integración con lo propio.

El libro expone a continuación el gran tema del narcisismo: desde la concepción más patológica hasta la más benigna, que se establece como una forma de ver la vida desde la ilusión (capacidad de ilusión de Winnicott) y que nos protege de una vivencia exagerada de precariedad y que ejerce una función de reforzador de la autoestima.

La parentalidad se da entre el diálogo entre el narcisismo y su gran enemiga: la realidad y ha que establecerse cierto equilibrio homeostático para que las cosas puedan funcionar más o menos bien para facilitar la función parental. El narcisismo patológico obstaculiza la función de cuidado; es así en la negación de la dependencia, el exagerado egocentrismo y la negación de ansiedades de separación.

La parentalidad supone de alguna forma un riesgo que hay que enfrentar desde la aceptación de las dificultades intrínsecas que conlleva el ser padres y desde cierta comprensión de las fallas. No hemos de caer en un juicio condenatorio sino más bien intentar ser constructivos desde la verdadera realidad relacional de cada familia. De todos modos, hemos de proteger la idea de "apego seguro" como base de un buen patrón relacional intentando evitar vinculaciones "peligrosas" como la comunicación culpógena o generadora de vergüenza, el doble vínculo, la invalidación del componente subjetivo, la intrusividad, las amenazas, el abandono ante la demanda del niño...

Desde esta perspectiva el autor señala que la parentalidad es en si misma un factor de riesgo que pone de manifiesto las carencias emocionales de los progenitores y donde emergen los potenciales psicopatológicos cuya raíz puede estar en factores hereditarios o en factores defectuosos de su propio desarrollo estructural de la personalidad. Además la parentalidad ofrece riesgos derivados de la dificultad de la tarea de crianza, en la que se mezclan el amor y la comprensión sin que uno conlleve el otro; el afecto y la empatía son factores decisivos en una crianza estable y de la que de alguna manera también se esperan determinadas fallas, ya que como en todo la perfección no existe. Otro riesgo, quizá el más grave y el que entraña peores consecuencias es la presencia de psicopatología en alguno de los progenitores, ya que supone un factor desorganizador de la vida del grupo y que se puede convertir en el vértice de su funcionamiento, hay que establecer el organigrama emocional de la familia y ver como se opera dentro del grupo; en estos casos es más adecuado proteger a la madre de su propia patología



para que así le quede espacio para desarrollar cierta función maternal, esto supone una gestión desde la verdad de la situación y no una negación de la patología para proteger al niño. Las patologías que comportan mayor desorganización podrían ser: depresión, trastornos graves de personalidad, trastornos delirantes, esquizofrenia, manía, y abuso de sustancias.

### Capítulo 5: La familia como organización emocional

Se expone que la familia es un conjunto encuentros en el que padres e hijos tienen la oportunidad de reinvertirse juntos, es por tanto, un proceso de descubrimiento mutuo y un interjuego de intersubjetividades. La familia es un grupo que se constituye como institución en la medida que pretende satisfacer las necesidades de sus miembros y es por ello, por lo que se ha de establecer como organización y como tal ha de desempeñar diversas funciones: sociales y emocionales. Las primeras tienen más que ver con la provisión de necesidades materiales y unión social, oportunidad para desarrollar identidades, moldeamiento y ejercitación de roles y el fomento del aprendizaje, el apoyo a la creatividad y a la iniciativa personal. Las segundas están más relacionadas con la capacidad de amar, generar esperanza y contención (y el diálogo complejo con sus pares antitéticos). Estas funciones quedan implícitas en una matriz de constelaciones, tanto en la mente grupal como en la individual, que determinarán estilos de afrontamiento y relación.

Para el estudio de una familia se hace indispensable el organigrama que estructura jerárquicamente los niveles y debemos estar atentos a la organización emocional de tal estructura y su constitución relacional. La constelación derivada de las interacciones y representaciones mentales se estructura sobre la base de la unidad de crecimiento emocional (padre-madre-pareja-hijo).

En el estudio del concepto que nos ocupa es necesario establecer el núcleo de la formación grupal en la pareja y analizar el tránsito que esta ha de hacer desde el polo del vínculo amoroso hasta la vinculación parental (el paso de ser pareja a convertirse en padres). El tema de la pareja es sin duda complicado en su abordamiento ya que no resulta fácil desentrañar la dimensión inconsciente de los acuerdos y pactos compartidos y por la enorme dificultad de desenmascarar las identificaciones proyectivas que se dan dentro del núcleo familiar pudiendo proyectar en el otro aspectos propios para tratarlos en él frente a la acción recíproca de la pareja, este mecanismo constituye el aspecto central y organizador de la experiencia amorosa. Esta trama de diálogo permanente y encubierta entre consciente e inconsciente determinará diversas dimensiones del vínculo amoroso, unas que facilitarán su crecimiento y otras que por el contrario, lo obstaculizarán. Por otro lado, el vínculo amoroso, se funda en el amor, cambiante y vulnerable y permeable a la influencia del otro y esto se asume como complejo en el abordaje terapéutico. La ambivalencia de la convivencia de pares antitéticos y la colusión son otros de los temas que expone el libro.

Es por ello necesario enfatizar la importancia de un factor de compromiso que garantice estabilidad desde una implicación mutua en un proyecto común, así como la necesidad de la consolidación de tal vínculo superando la efervescencia del enamoramiento, el reconocimiento de la dimensión realista del hijo no solo como depositario de ilusión sino también como proceso intersubjetivo, y el reconocimiento de la sexualidad no sólo como elemento vinculado al deseo sino también como intercambio de factores emocionales. Es importante resaltar esto ya que la relación de los padres es el eje sustentador de la estabilidad familiar, confiando la tarea de la estabilidad del grupo a lo más vulnerable: el amor. En la actualidad el amor y la familia oscilan entre la idealización y la desvalorización. El temor al compromiso, el goce narcisista de lo sexual, el primar la cantidad frente a la calidad son aspectos que ponen a estos conceptos en la cuerda floja y deja a la pareja en una difícil situación transitando sin sostenimiento el camino que va desde lo biológico hasta lo amoroso lo que me remite a la obra de Fromm *Del tener al ser*

El libro recoge también el recorrido de las etapas que la pareja transita desde la elección de la pareja hasta la parentalidad, pasando por enamoramiento, el vínculo amoroso, el deseo de ser padres y la llegada del hijo real y la puesta en marcha del espacio mental familiar. La elección de pareja como elección libre es un importante determinante de la organización de la vida familiar que coloca sobre el vínculo amoroso de por sí ambivalente la responsabilidad de la estabilidad y

continuidad; pero esta libertad no deja de ser efímera e ilusoria desde el punto de vista de factores que determinan y "condicionan" tal elección: los factores biológicos (hormonas...), los condicionantes y presiones sociales, los elementos psicológicos conscientes derivados de la conveniencia o inconveniencia de la unión, los factores inconscientes derivados de la situación edípica y el grado de identificación interna, así como el azar y el momento emocional (la situación de cruzarnos con otro y su emocionalidad). Otros factores que se destacan son la necesidad (qué se busca satisfacer con la pareja: huir de la soledad, proyectarnos en el otro...) y la urgencia con la que efectuamos esa búsqueda. El enamoramiento se da (o no) después de la elección de la pareja y su consecuencia visible es el desplazamiento de otros intereses y la excesiva importancia hacia el objeto amoroso, viviéndose desde la idealización y la falsa creencia de que ellos dos llenan su mundo, parece intuirse una plenitud envolvente, que nos habla de la necesidad de completad narcisista. Cuando el enamoramiento intenso acaba nos hallamos el proceso de crear un vínculo amoroso con su potencial colusión. Las proyecciones idealizadas ceden y aparecen aspectos del otro que estaban reprimidos, surgiendo así cierto grado de desilusión y esto será un factor decisivo para la mayor o menor solidez de la relación amorosa. Es un interjuego de contratos inconscientes, pactos y acuerdos mutuos que permiten entrar en una dinámica de compartir los roles de ambos. La pareja ha de saber contener las proyecciones que se dan intersubjetivamente, reconocerlas y en algún grado elaborarlas para que pueda establecerse un espacio parental compartido de funciones adultas y así poder dar un espacio al bebé que llega. La colusión obstaculiza todo este proceso por la necesidad fusional de ambos progenitores, por necesidades no resueltas. Si el deseo de ser padres se estructura en un hecho real, se llegará al embarazo y el parto con el consecuente impacto emocional en los padres que tendrán que hacer un proceso de duelo (de su vivencia como pareja) para la aceptación del niño y su reconocimiento como futuro individuo. El momento de la concepción supone un trabajo personal importante así como grupal (familiar). Se establece como tarea básica la organización del vínculo madre-bebé, desde una unión psicósomática con una intensa identificación que Winnicott denominó preocupación maternal primaria y que es un puente para la disponibilidad maternal a las necesidades físicas y emocionales del bebé, es un diálogo emocional exclusivo y excepcional. Las tareas complementarias se establecen desde un marco de revisión edípica por parte de los dos progenitores (revisar identificaciones internas con lo masculino y femenino asociado a sus propios padres); es importante destacar la figura de la madre interna y el modelo que representa, así como el proceso del padre de poder identificar su modelo de madre para así potenciar su papel cuidador hacia su pareja y hacia el niño, sin abandonar su padre interno para así poder desempeñar su rol de padre de forma adecuada. La presencia de la madre es más psicósomática y la del padre más mental.

Por tanto, la elección de pareja puede conducir al enamoramiento, que puede generar o bien un vínculo amoroso estable o una colusión. Tras esto el deseo de tener hijos, con las etapas de concepción y embarazo darán lugar a un espacio parental adulto o un espacio mental infantil, para llegar finalmente a un espacio mental familiar, que engloba las funciones parentales y las competencias del niño; tal espacio guiará procesos de crecimiento o anticrecimiento. El espacio mental familiar está constituido por la unidad de crecimiento emocional (padre-madre-pareja-hijo y sus respectivas interacciones).

Tras esto se recogen aportaciones que enfatizan la interdependencia que se da en el vínculo madre-hijo. Sobre esto podemos diferenciar la existencia de dos conductas maternas: la instintiva (tendencia a vivenciar al hijo como parte de sí misma) y la civilizada (supone la aceptación gradual de la desilusión de ceder autonomía al niño); es un proceso que va desde la fusión primaria para acceder progresivamente a un espacio de autonomía.

La figura de la madre y su función es sumamente importante en el desarrollo emocional temprano, desde el sostenimiento o holding que protege al bebé de ansiedades básicas como la de desintegración, así como igual de importante es el "manipuleo" que posibilita al bebé acceder al desarrollo de propio funcionamiento corporal de forma coordinada, así como también la presentación de la realidad y el desarrollo de la capacidad exploratoria, que le permitirá descubrir y diferenciar el mundo real de su propio mundo interno. La vinculación madre-hijo supone la construcción del sistema de apego.

La figura del padre en la actualidad queda diluida por la autonomía que ha desplegado la madre,

que puede concebir un hijo ella sola. La ausencia de tales funciones se convierte en una presencia dolorosa. Toda presencia supone cierta acreditación emocional. Las funciones del padre se estructuran sobre diferentes bases: la de proveedor (si la madre es la que cuida, el padre provee y protege a la familia consolidando así la cohesión del grupo familiar), como representante de la realidad (fundante del triángulo edípico; si la madre estimula, tiene una función más fusional y primitiva, y el padre es el encargado de ofrecer un componente más realista y social), como objeto que separa de forma benigna la fusión con la madre, es también vertebrador ( la madre es lo cálido y blando y el padre lo duro y lo que sostiene, es de alguna forma contenedor de la estructura), padre como autoridad ( que representa el acceso al principio de realidad por el que se sostiene la frustración). Por lo tanto podemos decir que hay provisiones afectivas diferenciadas y simbólicas.

La figura del hijo ha sufrido desde el psicoanálisis diversos cambios de conceptualización; en la actualidad no se concibe ya un bebé como "libro en blanco", sino más bien un niño que llega al mundo con ciertas capacidades que entrarán en contacto con las figuras cuidadoras. El niño llega con un equipo congénito de potenciales. Por tanto, la interacción se da en tres niveles: el biológico compuesto por competencias del niño, el relacional instaurado desde el sistema cuidador-niño y el socioambiental determinado por el conjunto de factores ambientales que inciden en el proceso evolutivo. En el proceso evolutivo el niño irá accediendo gradualmente a sensaciones, emociones, sentimientos y pensamiento para ir conformando su yoicidad y su identidad. Sobre la investigación en edades tempranas el autor señala la importancia de Bowlby (el apego como búsqueda innata del amor como organizador central de la vida mental); Ornstein ( que enfatiza la empatía como "la capacidad de sumergirse en la vida interna del niño sin que se amenace el sentimiento de ser alguien separado y sin introyectar las propias necesidades"); Brazelton ( con la exploración de conceptos conductuales de capacidad en relación a cinco áreas: organización de estados de conciencia, habituación a estados perturbadores, atención, control del tono y actividad motora y ejecución motora integrada); Bion ( con su hipótesis de la existencia de potenciales innatos de reconocimiento de la realidad que se instaurará a través de la interacción con el cuidador, y la importancia que da no solo a la satisfacción de necesidades sino también a la tolerancia a la frustración).

Una vez desarrolladas las conceptualizaciones de las figuras y sus correspondientes funciones, el autor pasa a establecer el escenario familiar como otro elemento a analizar. De alguna manera un hogar supone cierta acotación de las dimensiones espaciotemporales; el escenario familiar podría así suponer la connotación de sentido de la existencia, se concibe como un espacio representacional (relacionado con el concepto de psicodrama) desde la organización del escenario (hogar) hasta la representación de roles. La familia transforma el tiempo y el espacio en uno suyo propio hecho a su medida. El hogar se establece no sólo como espacio físico sino también, como espacio mental interiorizado como símbolo de refugio y vinculación. Es importante la observación de la escenografía de la familia en su convivencia cotidiana (los espacios compartidos, el acceso a la intimidad, el trato a los que vienen, los horarios...). Es fundamental la construcción de un hogar interno producto de la interacción entre lo externo y su impacto y metabolización, siendo lo externo un proveedor de significantes generador de significados establecidos en lo interno, que irían construyendo un hogar interior con sus símbolos compartidos. La dimensión de las representaciones a través de signos, verbales y no verbales, de roles derivados de las interacciones. En el desarrollo de la dinámica familiar es importante que las funciones de sostenimiento y contención las desarrollara la función parental adulta para favorecer la empatía y el desarrollo emocional de los hijos. Se necesita que alguien unifique y de sentido y coherencia a la vida familiar. Un grupo familiar diferenciado permite que los hijos vayan accediendo a la construcción de su identidad de una forma armónica y contenida. De ahí se deduce la importancia de otorgar un sentido a la existencia desde un marco relacional. La familia se da desde la pareja (madre-padre), y su interacción entre ambos y respectivamente con el hijos y sus competencias, todo escenificado desde la representación de la vida familiar y la construcción de su historia.

## Capítulo 6: familia y crianza

El capítulo comienza con un caso que expone la dinámica de encuentros y desencuentros y su gestión: interacción entre el niño que busca y la capacidad de la madre para salir a su encuentro. La importancia de la historia de encuentros-desencuentros y la gestión que se hace de ellos desde el seno familiar ( el holding y la contención y regulación emocional son elementos fundamentales en estos procesos)

El cambio y la pérdida y su relación con la oralidad son elementos de fundamental interés. El padre no ha de sustituir la función materna sino ser intermediario de ella (facilitarla y actuar como elemento de gestor de la fusión. Es así que el autor pone de manifiesto que le gran motor de la tarea emocional de la crianza es la consolidación del vínculo amoroso y la gestión adecuada de la dialéctica de encuentros y desencuentros. La voluntad de generar amor consolida el "idilio" como factor de crear ilusión. Las relaciones entre las dualidades: bebe-madre (fusional), bebe-padre (mental) y la renovación del vínculo de la pareja fomentan una escena que requiere de la protección de la intimidad como elemento de contención. En el momento de la crianza se crean representaciones mentales de experiencias que quedan, sin una buena gestión a merced de la ambivalencia (amor-odio). La presencia del amor hace posible a su vez el miedo a la pérdida (cuando aparecen problemas de vinculación o gestión de los mismos). La crianza es así un factor de riesgo en sí misma y fruto de la interacción de múltiples factores (la equiparación congénita y los aspectos relacionales vinculativos). Es por otro lado un proceso experiencial único que sentará las bases de configuraciones posteriores. La actividad-pasividad del bebe entra en relación con la capacidad de la madre de rescatarlo y salir a su encuentro. Las rupturas del proceso de encuentro amoroso pueden dejar heridas de complicada cicatrización y es ahí donde los profesionales hemos de intervenir. La crianza es pues un periodo de búsqueda de amor, bondad y confianza. Los falseamientos a los que hace mención el autor ("en el inconsciente proliferan todas las representaciones imaginables menos la correcta") funcionan como verdaderos organizadores de interacciones y estilos de representación. Se hace referencia a la necesidad del primer reconocimiento del pecho como objeto sumamente bueno (como asegura Klein y Money-Kyrle). Como profesionales hemos también de contemplar las luchas de los padres por conseguir el logro del crecimiento del bebe, tarea ardua y compleja por otro lado. Los cuidados proporcionan la experiencia que puede ser interiorizada para la concepción de lo externo como algo básicamente bueno y confiable que permite la posibilidad de entregarse a la seguridad de cuidados cariñosos y seguros.

Para una adecuada comprensión del fenómeno de la crianza es imprescindible citar a Winnicott y su concepto de sostén o holding. Este concepto está muy unido al de reverie de Bion como función empática y de cuidado con la que la madre metaboliza las proyecciones del bebe y las convierte en algo bondadoso. Con frecuencia el bienestar del niño depende del bienestar de los adultos que con él conviven, esto permite integrar el bienestar individual dentro de un marco grupal. La crianza supone el equilibrio entre las necesidades del niño y las capacidades de los adultos para generar funciones y cubrir las demandas del pequeño. La función de cuidado recae en mayor medida en los padres pero hay toda una serie de organismos sociales encargados de velar por los derechos del bebe y así se establece un marco social como continuum de función de cuidado (un holding social). Por lo tanto las fallas del sistema social también repercuten en la realidad de la familia y en la fase de la crianza. Se establece una organización social protectora desde instancias sociales que ejerce de contención y sostén. El niño se convierte en sujeto de derechos que se acompañan de ciertas mejoras sustanciales en la atención. Paralelamente a esto se siguen los cambios estructurales del modelo familiar surgidos de la sociedad del bienestar, con las repercusiones que esto conlleva. Surge así cierta contradicción ya que el bienestar adulto parece primar sobre el bienestar infantil hay cierta tensión derivada del establecimiento de nuevos patrones familiares y la búsqueda del modelo tradicional. Los hijos han pasado de ser una inversión a verse como un costo elevado, tanto emocional como económico. Las implicaciones que conlleva tener un hijo parecen haber cambiado quizá influenciado por el contexto social y económico.

El autor realizó una investigación acerca de la calidad de la crianza en la sociedad actual y se concluyó que las familias de los niños afectados no dio una imagen significativamente opuesta a la de familias sin problemas aparentes. Es por eso que se subraya el clima de exigencia

emocional desde el que la sociedad contempla la crianza; nos movemos alrededor de mito de la competencia (mayor eficacia). Pero nos olvidamos que en terrenos emocionales y relacionales no podemos ni debemos hablar de lo correcto sino de la gestión adecuada.

No hay fórmulas mágicas sobre la buena crianza; aquí se apela al "no interferir" de Winnicott que asegura que para llevar a cabo una crianza adecuada hay que recurrir a lo interno no a pautas externas. Las relaciones entre los miembros de la familiar pertenecen a su intimidad y como tal hay que respetarla.

Después se conceptualiza la crianza como un complejo proceso de adaptaciones múltiples que puede ocasionar cierto agotamiento emocional, siendo estudiado el estrés maternal en referencia a esto. La dedicación en esta etapa ha de ser pausada, lenta y así no recurrir al estrés que supone la exigencia que puede devenir en contradicciones. El cansancio que produce el estrés repercute en el niño a través de lo precipitado del cuidado y la no gestión de la problemática de la familia en su conjunto y de la pareja en particular. El agotamiento grupal daña profundamente la empatía de interacciones familiares y deviene en un clima de tensión y no permite un sincretismo convivencial que contiene las diferencias individuales; es en la pareja donde reside la posibilidad de restaurar el sistema y llevarlo a cierto equilibrio (la vuelta al nosotros).

El proceso de crianza encierra por un lado el gozo y la gratitud y por otro el fuente de conflicto y sufrimiento; es pues un escenario complejo en el que la ambivalencia se hace presente; es el escenario físico donde se juegan la primeras fases del desarrollo. Es el resultante de interacciones grupales respecto al trato de ansiedades y a la voluntad de resolverlas (gestión de conflictos). Es una constelación generadora de crecimiento o anticrecimiento

La supervivencia del bebe se establece como prioridad y una vez resuelta esta se entra en el proceso de elaborar otros conflictos. Un trauma en el sentido de "abortar" la capacidad de lograr esta supervivencia se puede convertir en un organizador de la experiencia relacional del grupo. El sostén y la desculpabilización son herramientas posibles ante un sistema dañado por esta problemática. La ruptura de un bebe idealizado hace aparecer ansiedades persecutorias o depresivas en torno al concepto de bebe dañado.

Tras esto el libro hace alusión a la alimentación como un elemento que trasciende lo físico para anclar en un sentimiento de experiencia relacional, constitutiva y formante, definida desde lo sensorial. Es una acción dual dentro de un marco diádico (sistema madre-hijo). Se pone en juego la integración de los polos hambre-saciedad dentro de un contexto rítmico. Entra dentro de la vinculación idílica desde una perspectiva relacional en la que se juegan aspectos interpretativos ( cuando surgen problemas o se tiende a culpabilizar al bebe o se culpabiliza la madre) en los que se dejan de lado aspectos propios e intrínsecos de la relación dentro del sistema. Las pautas de interacción dan lugar a representaciones mentales que se convertirán en organizadores o desorganizadores de la experiencia (por ejemplo en los trastornos de la alimentación desde la interiorización de patrones de interacción inadecuados). El no comer está muy relacionado con el vínculo materno-filial y genera ansiedad en la madre (que lo vive con culpa); no se da asociación entre alimento y placer y se establece una relación negativa entre el vínculo y el acto en si. se cita en Winnicott cuando dice que si las cosas van bien se asocia alimento y placer, pero hay casos en los que alimentar se convierte en una experiencia dolorosa invirtiéndose así la experiencia sana. Lo depresivo de la madre puede revertir en problemas alimentarios. El acto de alimentar es interactivo y relacional, dual que deviene en una simbolización de la experiencia como madre buena o mala (el alimento es la madre). El no querer comer asociado a los trastornos de alimentación es un símbolo de rendición pasiva o de oposición respecto de lo ofrecido. El núcleo del problema podemos hallarlo en las competencias del niño o en la depresión materna (hemos de explorar las fantasías que subyacen en las mentes de los dos con respecto a alimentar y ser alimentado). La lactancia es un proceso que se halla vinculado a aspectos maternos (en los que se pone en juego la movilización de lo edípico) y será desde la coherencia interna de la madre desde donde se debe encontrar una postura que inicie el primer modelo de experiencia entre ella y el bebe (que integre lo que significa diferenciar y permitir crecer).

Después se hace alusión al tema de las adquisiciones (psicomotoras) como camino de capacidades que abren la puerta a la autonomía. La armonía de este proceso que incluye: reflejo de succión, alimentación, ritmicidad del sueño, sonrisa, sedestación, bipedestación,



deambulación, lenguaje y motricidad, control de esfínteres e inicio de la socialización, ofrece cierta tranquilidad a los padres; pero si el proceso torna disarmónico se produce retraso y esto genera ansiedad en el núcleo familiar. El desarrollo no es algo computarizado (cada niño tiene un estilo evolutivo distinto y consolida la adquisición en el momento en que pueda formar una representación mental de lo que la adquisición representa; sino deberíamos hablar de pseudoadquisición donde se automatiza la conducta sin integración de su significado. Se aboga por la necesidad de intervenciones tranquilas sin luchar ni interferir, ofreciendo contención para posibilitar una desdramatización del problema. El contexto familia- escuela puede ofrecer una continuación de las atenciones familiares primándolo sobre exigencias pedagógicas (aunque no siempre es así). Winnicott hace referencia al acompañamiento en la etapa de desarrollo para facilitar una gestión saludable de la problemática que puede ser debida a multitud de factores (problemas de retraso por las propias competencias/limitaciones del niño, problemática familiar, crianzas regresivas y/o sobreprotectora que retardan la socialización, desacuerdos familia-escuela, escaso apoyo emocional, bajo nivel formativo, expectativas generales muy altas, contradicciones intrínsecas). La crianza es pues, un riesgo en si misma (en palabras de Winnicott: " los niños no recuerdan haber recibido un sostén adecuado sino la experiencia traumática de no haberlo recibido". Un uso que podemos hacer del inconsciente implica la aceptación de que lo que no recordamos también existe en la mente y funciona como un organizador (la interiorización de una experiencia feliz durante la infancia es un sólido fundamento de salud mental). El mal funcionamiento familiar pone en peligro el desarrollo de la salud mental de sus miembros; aunque la fase de crianza siempre es arriesgada por la cantidad de factores que inciden en la forma de afrontar la tarea de los padres. Es necesario abordar los problemas de los padres durante el periodo de crianza ( en especial si la madre sufre algún trastorno mental), ya que estos se consideran un factor de riesgo para el funcionamiento del grupo que repercutirá en el bebe ( la consigna debería ser proteger a la madre o padre de su trastorno con una buena atención para que puedan desarrollar sus capacidades parentales, de las que consiguientemente el bebe se beneficiará.

El origen del riesgo de la crianza es un resultante multifactorial que va desde lo individual hasta lo social pasando por lo grupal. La posibilidad de riesgo es la interacción de tres parámetros: la fragilidad y la vulnerabilidad del bebe ( inherente a la precariedad postnatal de la especie humana y el equipamiento congénito de las propias competencias: necesitamos progresar a través de amparo de vínculos protectores que minimicen el daño del proceso adaptativo a la realidad; la necesidad del grupo se apoya en esto), la parentalidad (durante el desarrollo de las funciones parentales hay una situación de predisposición y de riesgo de aparición reactivación de trastornos mentales y a esto se puede unir la presencia de crisis en la relación de pareja, sobre todo en aquellas donde predominaba la colusión; a parte de los factores biológicos puros es indudable el papel emocional que se deriva de cambios internos como acceder al rol de padre o madre por la revisión y elaboración del aspecto edípico y la cohesión y consistencia del self), las circunstancias sociales influyen e inciden el proceso de crianza (la presión social).

Otro de los hechos que expone el libro es la guerra parental. En la actualidad aumentan los divorcios y las rupturas y se da cierta lucha por la custodia de los hijos. El maltrato y la dificultades económicas son otros dos elementos que están presentes y que inciden de forma negativa en el buen desarrollo del bebe en el proceso de crianza. La guerra parental no se lleva a cabo solo en los medios judiciales sino en numerosas ocasiones conforman el escenario familiar. La ruptura del vínculo amoroso deja paso a la aparición del rencor y el resentimiento y en algunos casos al funcionamiento perverso. Ante esta situación el niño es postergado y desaparece o es obligado a convertirse en un protagonista más de la guerra parental (lo que se ha denominado comúnmente síndrome de alienación parental la lucha de los padres deja en un espacio relegado la necesidad del niño de ser cuidado y los padres escinden su función parental para justificar su cisma marital ( todo este proceso se da aun cuando el niño no tiene representaciones claras y diferenciadas y continua viendo a los padres como todopoderosos). Es aquí también donde comienzan a estructurarse e interiorizarse las figuras parentales ( queda frenada la interiorización de los padres como seres buenos y la resolución queda en manos de las vicisitudes de lo edípico. La ambivalencia se convertirá en organizador del psiquismo y con las imágenes parentales dañadas no se puede acceder a representaciones mentales de crecimiento.

El libro enfatiza la necesidad de intervenciones preventivas desde equipos multidisciplinares que

doten de elementos de contención asistencial, así como estrategias psicoanalíticas.

## Capítulo 7. Familia y adolescencia

La adolescencia supone el duelo de la edad de infante y adentrarse en la edad adulta. Es un viaje que estará repleto de miedos, dudas, ilusiones.. y sobre todo cambios; y la incertidumbre será la compañera de camino. El camino se torna complejo y turbulento la importancia del acompañamiento en el proceso de crecimiento del adolescente es primordial, ya que abandonarlo emocionalmente y dejarle solo ante el camino sinuoso y nuevo puede promover que se entre en un profundo sentimiento de rivalidad con las figuras parentales debido a una conversión negativa de las imágenes adultas. Para el adolescente son los padres los que tiene aun el poder y será muy crítico con su forma de usarlo. Se da un profundo enfrentamiento interno con el mundo adulto, que mal gestionado lleva a un sentimiento de indefensión y tristeza. El poder de los adultos para el adolescente representa la capacidad de tener ( de tener identidad propia); se pone en juego aquí el tránsito del tener al ser de Fromm. Se reactiva el conflicto básico: dependencia-autonomía. El adolescente necesita comenzar a construirse su propia identidad ( la primera adulta), despegándose (pero no del todo) del grupo referencial ( que hasta ahora había sido el encargado de dotarle de una identidad más artificial en cuanto no tanto construida). A partir de ahora el adolescente comenzará a buscarse a si mismo. Lo individual-grupal sigue siendo una dialéctica generadora de cambios y experiencias intersubjetivas.

Por un lado el adolescente busca "despegarse" pero cuando lo hace cae en la desesperación que supone no tener algo a lo que aferrarse, hay una pérdida del sostén y la contención. En la adolescencia se replantea el organigrama emocional de la familia e implica a todos los miembros (entra el duelo en apego a los padres para poder buscar otros referentes de equilibrio). En la fase adolescente la familia entera habrá de revisar sus roles y adaptarse a una nueva situación. La desidealización de los padres se servirá para acceder al presente de su actual cambio de estatus de niño a adolescente y así comenzar la inmersión en nuevos grupos (la comunidad adolescente). El adolescente al contrario que el niño dejará de buscar a la familia como único medio de solución de problemas. Comenzará una nueva búsqueda interna de referentes para construir su identidad. Por su parte los padres harán duelo de la pérdida del niño y revisarán su propia relación amorosa que les permita acompañar al adolescentes desde otros parámetros (respetando su intimidad y alejamiento pero con presencia contenedora y firme que continúe ejerciendo de cohesión del núcleo familiar. Se reconstruyen estereotipos y aparecen nuevas miradas que suponen cierto cambio con respecto al sistema emocional del grupo. Se pone en juego así la tolerancia al cambio de todo el sistema grupal.

La adolescencia supone un camino de tránsito de lo infantil a la autonomía. Y este camino puede ser vivenciado desde la extrañeza de lo novedoso de uno mismo, y es necesario gestionar los cambios desde la confianza y la seguridad. Se revisan las pérdidas no elaboradas de la infancia para así poder acceder gradualmente ( sin rupturas ni escisiones) al presente ( al cambio). Se pone en juego la dinámica del arraigo- movimiento y cambio relacionados estos últimos con la autonomía. La nostalgia de lo que fue no debe convertirse en melancolía sino que hay que establecer el duelo de lo pasado para poder vivir el presente del camino a la autonomía personal y a la construcción de la identidad. Para un desarrollo sano es necesario que el adolescente experimente que sigue existiendo para los padres a pesar de su distanciamiento que conduce a su intimidad.

La infancia como todas las fases del desarrollo por las que transitamos no se dejan atrás totalmente superadas sino que se consolidan en experiencias interiorizadas, consciente e inconscientemente que parten como organizador multiidentificadorio. (Coderch: cada momento presente de la vida psíquica es el resultado de la conjunción de todo el pasado con el contexto que envuelve al sujeto en ese instante.). es por eso que se afirma que el pasado perdura en el presente y en nuestra idea de futuro. Pero el pasado no se establece como un organizador inmodificable e irreversible ( no el una carga ineludible como el peso de la piedra de Sísifo) sino que ha de ser concebida como una experiencia revisable y modificable ( es importante reconciliarse con el pasado para poder dejarlo atrás y vivir conectado desde el presente. Es en el pasado donde residen los significados que hoy otorgamos a las cosas. Todo cambio implica una

cierta revisión de los significados pasados para establecer unos nuevos acordes a la nueva situación y esto es lo que ocurre en la adolescencia. esta supone una nueva oportunidad para interpretar de manera distinta el hecho de crecer y alejarse de los padres como niño para acercarse a ellos como adulto ( esto genera mucha ansiedad en el núcleo familiar) y se abren así dos caminos, según haya sido la gestión de tal ansiedad: la del camino de crecimiento y maduración o el camino de quedar anclado y retroceder. La resolución de la crisis adolescente debe devenir en un acceso al inicio de la vida adulta, permitiendo la perdurabilidad de la infancia pero sin que esta suponga un lastre para el desarrollo de la libertad individual. En la familia se crean modelos de trato del presente-pasado y son manejados por los miembros de forma distinta. Aceptar el crecimiento supone aceptar la diferenciación de uno con respecto a quien le otorgó su primera identidad y fue su referencia, es en definitiva, aceptar lo distinto que supone la nuevo con respecto a lo conocido y otorgado desde el pasado. Me resulta interesante plantear el debate sobre la identidad como algo dado y como referencia y lo adquirido por construido como propio.

La adolescencia es pues un periodo complicado y que necesita de cuidado emocional (desde la presencia pero no invasión). Los hijos han de sentir que existen para los padres y que necesitan percibir emocionalmente que son importantes para ellos, si no ocurre así deviene el trauma de lo que no tuvo lugar de Winnicott o la falta básica de Balint. Se habla de la adicción a las drogas que puede tener mucha relación con un intento de cubrir las faltas básicas a través de sensaciones de placer y completud que momentáneamente puede proporcionar el consumo de sustancias (es un intento de compensar el fracaso). Por lo tanto que los hijos sientan que son prioritarios e importantes para los padres es de suma importancia.

Por tanto partimos del niño que necesita ser una prioridad para los padres, necesita ser héroe de algo (lo que se denomina omnipotencia infantil); la capacidad de ilusión de Winnicott está muy relacionada; de la ilusión de omnipotencia que el niño vivencia como real nace el germen de la autoestima. La primera infancia se articula desde la omnipotencia, de donde nacerá el llamado narcisismo, y que luego la realidad será la encargada de limar y frustrar. Durante el desarrollo se forjará un yo ideal que es la base de una autoestima suficiente y a la vez las expectativas de los otros y la influencia de la omnipotencia infantil devendrán en el ideal del yo como generador de un narcisismo patológico. Es fundamental la contención y gestión de la omnipotencia infantil para posibilitar que su ilusión se vaya adecuando a la realidad. Por otro lado el narcisismo patológico surge cuando fracasa la confianza en el otro y la autosuficiencia que conlleva denota gran fragilidad y una inmensa carencia. Todo este proceso vital se reactiva en la adolescencia y se vuelve a conectar con vivencias de incertidumbre; se pondrá en juego de nuevo su omnipotencia a la vez que la vida pronto se demandará conductas adultas que ya no serán un mero juego de fantasías. El adolescente debe revisar su identidad y debe trascender lo puramente heroico (la necesidad de ser importante) que dialoga constantemente con la realidad. Por tanto la dialéctica ilusión-realidad vuelve a ser la temática que marca la etapa adolescente. El un juego de equilibrio entre el pasado ( el niño que se fue) y el futuro ( el adulto que será); es una fase en la que el adolescente se encuentra en tierra de nadie y en la que necesita del apoyo y contención que le proporcionen algo de seguridad en su mundo caótico. Por tanto el narcisismo es un tema crucial que se reactiva y se gestiona en la adolescencia (fomentando la autoestima o conduciéndolo a la patología).

En muchas cultural el acto iniciático (ritual de iniciación) que supone la entrada a la edad adulta simboliza el heroísmo de trascender. El manejo individual y grupal de la heroicidad en la adolescencia nos puede llevar a dos caminos: culminar el proceso más sano desde la convicción de que no hace falta ser un héroe omnipotente para ser adulto (esto se da con el conocimiento de la realidad de nuestras capacidades y limitaciones) o la alternativa del narcisismo patológico que nos conduce a la conclusión equivocada de que para ser adulto hay que ser un héroe o un villano. Bajo los héroes o los villanos, como asegura Rank en su obra " el nacimiento del mito del héroe" se esconde una historia de fracasos afectivos ( abandonos, historia precedida por dificultades).

Es importante el estudio de las heridas narcisísticas y donde tuvieron origen (si en que el niño no fue deseado, infortunios con relaciones entre hermanos, rechazos...). Las conductas antisociales pueden ser fruto de heridas narcisísticas (que empujen al adolescente a utilizar la fuerza en lugar de la mente para crecer; es una reafirmación patológica del poder del que no gozaron). Hay

soluciones diferentes a las fallas y pérdidas afectivas ( violencia, retraimiento o aislamiento..)

El adolescente está preocupado por conocer y comprender como bien dice Meltzer. El mundo confuso de la fase adolescente es el tránsito del mundo mágico del niño a la construcción de un conocimiento más subjetivo y adulto. El interés por la sexualidad responde a la confusión y al conflicto que ha de resolverse en torno a la identidad frente a la confusión de roles. El adolescente deberá hacer el duelo de la construcción infantil y la relación primaria con sus padres para poder así acceder a una autonomía adulta y madura. Es importante la gestión de estas ansiedades desde el grupo familiar (si no se da una buena gestión pueden aparecer varios tipos de patrones: los que se pasan o los que no llegan). Uno de los temas centrales de la adolescencia es la identidad sexual (el acceso a lo genital y el paso del autoerotismo a la relación sexual real, así como la elección de objeto sexual después de haber hecho el duelo correspondiente por la bisexualidad contenida en la infancia). En las relaciones sexuales adultas han de estar integrados la ternura y el sexo. Las relaciones sexuales desprovistas de fantasías y centradas en la acción para ahuyentar la ansiedad o la utilización de la masturbación como forma de evitación del deseo sexual y con el fin de liberarse de la presión de la atracción erótica por otros, pueden ser conformadas desde una sexualidad que no ha accedido aún a la genitalidad adulta como sexualidad elaborada.

El trato de la sexualidad en la adolescencia es muy importante porque pone en juego las proyecciones de las propias fantasías de los padres cobrando protagonismo el cómo pudieron sentirse estos tratados en su adolescencia por sus propios padres, o los estereotipos de relación recibidos en su educación o el grado de satisfacción sexual que tienen o incluso los sentimientos que promueven ellos en la libertad sexual de sus hijos... quedan así expuestos los miedos y expectativas proyectados en la generación posterior..

Cuerpo y sexo están íntimamente ligados por dos cuestiones principales: la incertidumbre del cambio no controlado y la erotización progresiva del cuerpo con el objetivo de acceder al objeto de deseo sexual (Por ejemplo en los trastornos de la alimentación que pueden tratarse en profundidad podemos apreciar un temor que ocasiona la confusión, el miedo al crecimiento y al proceso de identidad psicosexual; así como los embarazos adolescentes que parecen asociar la maternidad con el falso acceso a ser mujer). Para un acceso gradual en la fase adolescente han debido ser elaboradas las ansiedades básicas que permitan un acceso gradual a la autonomía ( la elaboración de la ansiedad de separación es crucial para un buen desarrollo emocional, así como cierta tolerancia a la frustración que permita una cierta autodiferenciación en cuanto a la identidad). Si no existe cierta elaboración podemos caer en el sentirnos condenados al abismo de la fusión total y no sentir que somos constructores de nuestra autonomía. La identidad y su relación con el género han de estar presentes en un tratamiento integral de la personalidad. Es importante ofrecer espacios que provean de cierta intimidad diferenciada. Plantearé la siguiente cuestión: ¿Accedemos a la vinculación con el otro desde la dialéctica polar de la función materna o desde la paterna vivenciadas como exclusivas y excluyentes o desde una integración de ambas en la identidad personal? donde residen emocionalmente los padres? La perspectiva intrapsíquica de Freud o las orientaciones al desarrollo de autores como Winnicott no han de ser contempladas como excluyentes, sino como dos caras de la misma perspectiva relacional que apoya Mitchell

El duelo ha de ser establecido: el paso del niño ideal al adolescente que reafirma su identidad es un tránsito que en el núcleo familiar puede ser vivido desde cierta confusión y desorganización (y considero necesaria la contención del proceso de forma que pueda ser posible una cierta accesibilidad gradual a la autonomía adulta desde el modelo de padres empáticos y acompañadores del proceso de crecimiento). El narcisismo juega un papel importante en esta fase del desarrollo ( se activa y se manifiesta en patrones relacionales que pueden ir desde el sometimiento por miedo a ser excluido hasta la rivalidad por percibir a los otros como predadores de la autonomía que se pretende). La constante búsqueda de la identidad se manifiesta desde la afirmación de la autodiferenciación (a la vez, y por eso es una etapa que genera tanta confusión, se busca la seguridad de pertenencia a un nuevo grupo referencial). La solidez ( que no la rigidez) que se da a través del reconocimiento y la contención y el sostenimiento de los procesos psíquicos es un aspectos fundamental de la autodiferenciación ( el poder estar con el otro.. el poder afirmarse sin necesidad de negar al otro por la reactivación de heridas narcisistas.. el poder

aceptar al otro en la diferencia porque a la vez se reconoce en la diferencia con él... ser autónomo, que no autosuficiente, es poder ser con el otro sin abnegarse a sí mismo y sin obviar al otro como ser independiente...).

Mientras el rol de la madre sigue siendo inamovible en la sociedad actual (y es indiscutible la necesidad de su presencia) la figura y el rol de padre parece quedar diluida y se intuye que se discute la validez y necesidad de su presencia. La actualidad parece "haber presionado" a la familia (o ha sido al revés) para modificar la forma de llevar a cabo la tarea emocional (aquí se pone de manifiesto la relación existente entre familia y sociedad como diálogo dialéctico). En la sociedad actual lo paterno y lo masculino entran están en declive. Considero que las necesidades emocionales del crecimiento parten de la triangularidad (creada desde el espacio mental parental que da cabida a un tercero). El crecimiento y el desarrollo emocional han de integrar lo masculino y lo femenino. La interiorización de experiencias subjetivas parte de un diálogo de roles donde se configura el proceso de identificaciones y representaciones mentales de las interacciones familiares. La figura de la madre nos remite a procesos más regresivos y fusionales, mientras que la figura paterna representa la autodiferenciación abriendo el proceso hacia la socialización y el contacto con la realidad (ofrece un clara posibilidad de acceso a la autonomía): esta integración de la figura masculina es importante en la crianza pero se hace fundamental en la fase adolescente. Durante la adolescencia padre y madre han de establecer un nuevo diálogo (para poder ser integrados en la experiencia subjetiva en la que se basa la identidad del futuro adulto). Si los roles no interactúan dialécticamente y predomina uno sobre otro aparece la rigidez sin la capacidad de llevar a cabo nuevas síntesis y se vive el rol de adolescente como un peligro. Por tanto podemos decir que el diálogo entre los roles paterno y materno es fundamental para una buena integración y un elemento sostenedor de los cambios del espacio intersubjetivo. La figura del padre que representa la simbolización de la socialización acredita emocionalmente, es decir, da seguridad de que se es lo que se representa. El proceso adolescente es el tránsito entre adolecer y merecer (permiso para acceder a la vida adulta). La figura que acreditaría este permiso sería padre (lo masculino). Lo masculino representa lo que tolera y respeta el cambio ante la dificultad de soportar la pérdida y la separación de lo materno, más regresivo pero sin ir en detrimento de lo femenino entendiendo este como un elemento conservador del vínculo y del afecto (la posibilidad de crecer y separarse sin romper los vínculos).

La función de la acreditación toma relevancia en la sexualidad. La sexualidad es una manifestación de cierta autonomía y la desacreditación deviene en la utilización de la sexualidad como proceso de narcisización. La desacreditación se manifiesta en la no integración y en la necesidad imperiosa (de Mitchell) de ejercer polarmente los roles (o supervillano o héroe, cuidador compulsivo o desapegado emocionalmente). En definitiva lo que acaba jugándose es el aspecto relacional del rol a través de la sexualidad o de otros aspectos del psiquismo. Por otro lado el proceso de acreditación emocional es complejo por cuanto no se ejerce desde un rol individual sino que es un proceso dialéctico entre el ofrecer-pedir. Otro factor importante es la rivalidad (con las figuras parentales) que se juega en el diálogo interno del adolescente. Si esta rivalidad está contenida desde el vínculo confiable la acreditación conducirá al joven a la identificación con lo masculino paterno y la joven a la acreditación con lo femenino materno (integrado en su diferencia). Por resumirlo de alguna manera si existe acreditación primará la lealtad frente a la traición.

## Capítulo 8. familia, enfermedad y muerte

La comprensión del sufrimiento que ocasiona la muerte (el miedo, la desesperanza, la angustia...) ha tratado de estudiarse desde diferentes ámbitos en los que se incluyen la filosofía y el psicoanálisis.

En el proceso de enfermedad coexisten el síntoma con el sufrimiento que provoca, por lo tanto una intervención asistencial integradora debería recoger el curar y el cuidar (no depositando los factores de cuidado únicamente en la familia) pero en la realidad asistencia se prima el sanar frente al cuidado. En la enfermedad terminal se invierte el orden y el sanar o curar deviene en la intención de paliar los síntomas y proporcionar mayor calidad de vida, es así que el aspecto cuidador obtiene más relevancia. La capacidad de la familia para la función de cuidado queda



dañada por el continuo sufrimiento, estrés y duelo que conlleva la enfermedad. Por tanto la perspectiva del libro gira en torno a integrar el cuidado desde el ámbito asistencial y el familiar (compartir responsabilidades): por tanto la relación familia-equipo toma sentido en un marco integrador que reconoce la importancia de la función cuidadora en la demanda asistencial.

La familia en situación de crisis se puede comportar de forma algo desorganizada y lejos de juzgar o diagnosticar es imprescindible acompañarla y comprenderla y la tarea de la intervención será ofrecer cuidado (según comparten Meltzer y Harris: como idea de generar sentimientos de contención de ansiedad frente a la desesperanza). En la dinámica equipo-familia se dan fenómenos transferenciales y contra-transferenciales que han de ser elaborados para no perder la perspectiva asistencial integradora.

El acompañamiento en el proceso del cuidado paliativo es crucial por la dureza emocional que este conlleva, por lo que la solidez de la organización en la que recae la responsabilidad es importante.

La muerte es en cierto modo organizadora de nuestra propia existencia y una realidad ineludible. El nacimiento y la muerte son dos dimensiones que marcan nuestra vida psíquica (el alfa y la omega de la existencia) y es importante descubrir cómo nos relacionamos con estos conceptos que aunque abstractos e inefables son reales como la propia vida. Por tanto el ser humano es descendiente de la temporalidad y con ella se relaciona de una manera determinada y que lo determina. En la temporalidad se dan los cambios, los anclajes, las oportunidades y en definitiva el proceso existencial. El miedo de descubrirnos inexistentes nos aboca a un abismo de vacío ( nos confronta con la propia realidad de nuestra temporalidad y nuestra limitación, de nuestro paso efímero por el camino de la existencia al que por otro lado hemos de dar sentido). Me parece interesante la simbolización que se recoge en el libro de la muerte como un reloj vacío como la pérdida de la ilusión de la eternidad que queda arrollada por la realidad de la certeza de la muerte. Del ángel caído (pero ángel), al hombre desterrado (pero hombre). El hombre en la búsqueda del sentido de su vida se aferra a la continua búsqueda del sentido de su existencia del querer trascender algo y en la muerte encuentra que el único consuelo que le queda es aceptar poder haber vivido. De lo divino en cuanto a omnipresente a lo humano en cuanto a humano desde la incertidumbre del más allá y su miedo a "no permanecer"; es aquí donde creo que se juega otra vez la elaboración del narcisismo ( el afrontar la muerte con cierta serenidad o revelarse contra la realidad de poder desaparecer).

La muerte es un concepto que define una realidad y morir es el proceso emocional con el que enfrentamos tal hecho (los sentimientos de ansiedad y emociones que implican en nuestro significado de la muerte). Por otro lado no nacemos con la idea de que podemos morir sino con una idea intrínseca de que podemos ser destruidos ( podemos decir que si tomamos contacto con nuestra vulnerabilidad) y las ansiedad catastrofistas luchan durante toda la vida con el narcisismo y la omnipotencia ( podemos llegar a comprender el narcisismo como una coraza antimuerte; y el miedo que siente el niño hacia la desaparición de sus padres es una proyección del miedo a la propia muerte); por lo que la aceptación y negación de tal realidad está presente durante toda la vida. Uno de los alivios que se ha intentado para disminuir el dolor que supone la pérdida es poder configurar una idea de la muerte como algo bello, armonioso (por ejemplo desde la religión). La aceptación de nuestra propia muerte devendrá de un proceso de maduración emocional): normalmente la idea de muerte nos inquieta y asusta y hemos de caminar hacia una maduración que nos permita enfrentar la muerte de forma serena.. yo considero que la forma en que enfrentamos la muerte es la misma con la que hemos enfrentado la propia vida y la muerte nos puede asustar no solo por lo que simboliza y por el propio miedo al sufrimiento sino por el hecho de creer que no se ha vivido...Armengol en relación a esto resalta la importancia de "estar en paz" con lo que estoy profundamente de acuerdo. Debemos encontrar la forma en que podamos mirar a la muerte sin que esto nos dañe excesivamente (tampoco podemos vivir constantemente pensando que vamos a morir: porque si no vivimos; creo que no es acertado prepararse para morir cuando no ha llegado la hora, sino que considero más bien importante el trabajo de la aceptación de la desaparición desde una perspectiva narcisista). En el libro se señala el perdón y la indulgencia como elementos esenciales para enfrentar la muerte de forma serena (perdonándonos nuestros errores y nuestras limitaciones para no anclarnos en una culpa depresiva que lo que pretende es anclarnos en la idea de que la vida puede ser vuelta a vivir

para reparar). La culpa y las ansiedades depresivas han de ser igualmente elaboradas para permitirnos un tránsito a la muerte de forma serena. En este sentido se da una fuerte contraposición en la concepción de la muerte desde la cultura (en la occidental: más narcisista se teme más la muerte porque se prima lo conseguido durante la vida; mientras en la oriental: menos narcisista se ve la muerte como un acercamiento a la esencia y a nosotros mismo siendo esta idea menos persecutoria que nos invita a no temer sino a confiar).

La certeza de la muerte supone que es un hecho seguro, inevitable e ineludible (escapa a nuestro control; quizá por eso sea tan temida)... pero es bien cierto que la muerte, en algunos casos se puede contemplar desde la intuición o la premonición (como es el caso que explicita el libro). Intuir por la percepción y preconizar como algo anterior a la emoción son hechos que suponen realidades sin explicación (no como paranoias).. la realidad no tiene explicación simplemente ocurre... vivimos desde la incertidumbre del donde, como y cuando pero hay casos excepcionales en los que de alguna manera (no paranoicamente) puede "palparse" vivencialmente la muerte. Cuando aparece en nuestra conciencia la certeza de la muerte, por lo perturbadora que es, la intentamos apartar de nuestra mente para poder continuar viviendo (parece que nos tenemos que dar constantemente ese permiso) o podemos aprender a manejarla emocionalmente.

Desde un punto de vista relacional el proceso de la vida contiene inherente la batalla constante entre vida-muerte: narcisismo-destrucción... que ha de manejarse desde la intersubjetividad; para poder morir hay que haber vivido y vivido desde un marco relacional que es el que otorga sentido a la subjetividad, a los procesos, en definitiva a la relación con uno mismo y con el mundo que le rodea.. la matriz relacional imbrica en si conceptos intrapsíquicos y conceptos del desarrollo y da el sentido y el significado a la experiencia existencial.

La turbulencia o la capacidad de poder recomponerse en la vida marcan también el proceso de morir. En la muerte no dejamos de ser de la manera en la que hemos vivido. La vida y la muerte son procesos de diálogo continuo entre lo psicossomático y lo somatopsíquico (ya que el ser humano no podemos olvidar que no es solo mente sino también cuerpo) : esto nos advierte del riesgo de querer psicologizar todo proceso....ciertas circunstancias externas pueden acercarnos a este diálogo fino e inconsciente que nos llevan a la intuición de la certidumbre de la muerte. Otro de los factores que marcan y matizan (dentro de los límites esperables) es el hecho de contemplar la muerte como algo previsible o imprevisible.

El enfermo y la enfermedad: La familia y el equipo pueden facilitar o por el contrario obstaculizar el proceso de morir y el gran protagonista de este no deja de ser el enfermo. Según Jorge Thomas la muerte es la única experiencia de la vida que realizamos totalmente solos. La muerte es una circunstancia que nos hace estar en contacto íntimo con nuestro interior y por ello la presencia del otro puede vivenciarse como interrupción (se retiran los vínculos afectivos que no quieren que no nos vayamos cuando tenemos que irnos). En el libro se nos expone que no siempre un buen índice de salud mental y madurez afectiva durante la vida asegura un proceso de "buen morir"; existe por tanto, un factor de imprevisibilidad en la manera en que cada persona desarrollará este proceso. La muerte tiende a vivenciarse como molesta e inoportuna y muy pocos acogen el anuncio con tranquilidad y serenidad. La muerte (como resultado de un enfermedad terminal) constituye un momento de crisis existencial que abre un intenso combate entre aspectos infantiles y adultos y provoca cambios en nuestro mundo interno. La muerte y su vislumbramiento como un final próximo puede suponer cierta regresión a un mundo de pérdidas y sus representaciones (y como se vivencian estas).

En el momento de la muerte se da una reactivación edípica del enfermo y la familia. Son momentos en los que se manifiesta la cohesión o la desunión familiar así como las situaciones irreparables. Es un momento íntimo en el que los equipos tienen difícil la accesibilidad, aunque si es necesario poder contener el sufrimiento de la familia y la ayuda en la comprensión de la evolución del enfermo y la manera en cómo pueden establecerse las tareas cuidadoras.

Otro factor que se pone en juego en el momento de morir es el narcisismo. Este parte como un narcisismo primario que nos protege de nuestra precariedad y si todo va bien será reconstruido por la autoestima madura, pero si el proceso se perturba podemos quedar anclados en un narcisismo patológico. Este es un proceso que queda abierto durante toda la vida y es susceptible de ser activado en el momento de la muerte (por ejemplo con el diagnóstico de una enfermedad

grave); el enfermo puede vivir la muerte y su proceso como una herida narcisista y puede vivir la enfermedad desde la distancia de una no aceptación serena de la realidad. Coderch explica el narcisismo como un no diálogo en el que uno contempla la realidad exterior como continuación de sus deseos (y si esto no es así aparece el dolor) y queda encerrado en un monólogo sin permitir el diálogo con el otro; en este no diálogo se abre una barrera entre el mundo interno y el externo ( en el que están los otros con sus realidades) bloqueando el diálogo. Por otro lado en el narcisismo patológico también falla el diálogo interno con uno mismo, distorsionando la realidad para poder adecuarla a los propios deseos.

La enfermedad grave se convierte en una tortura para una persona atrapada en un narcisismo patológico; la lucha condenada al fracaso que supone el narcisismo patológico deja a la persona en una tesitura de un todo inaceptable desde el punto de vista emocional (en el reconocimiento de la bondad del otro y la dependencia); convierte al paciente en un paciente muy difícil de ser cuidado porque ve en este cuidado un continuo recordatorio de su propia destrucción.

Para Armengol el narcisismo es una forma de soberbia y egoísmo, un mito de creernos alguien importante y especial (aunque como el autor del libro reconoce, y con lo que estoy de acuerdo, todos necesitamos sentirnos, de alguna manera, especiales). A lo largo de la vida vamos modificando nuestro narcisismo, reconstruyéndolo.

La cultura occidental altamente narcisista contrasta la contemplación oriental del budismo zen (donde la aceptación de la muerte y contemplando el mundo interno como un complemento mediador de la realidad externa).

Por otro lado la interiorización depresiva también ocupa un papel relevante dentro del proceso de crisis existencial desde la contención de las ansiedades depresivas y los efectos vinculados a ellas, y esta manera es la que posibilitaría una aceptación serena de la muerte (pasando por la indulgencia y el perdón). Si esta contención fracasa nos hallaríamos en un proceso en que quedamos desprovistos de un mínimo de autoestima que generaría una respuesta radical (el querer desaparecer del recuerdo de los otros por creer que nos valemos la pena: casi como en un ejercicio de ascetismo existencial imposible).

El poder contemplar la idea de morir como algo consustancial al proceso de vivir y como generadora de paz sería una buena resolución de lo depresivo.

En un proceso de enfermedad se ponen en marcha defensas como la negación que está ligado a la negativa de querer conocer la verdad de manera racional y emocional (cuanto más grave la enfermedad mas intenta negarse). La negación se combate en el ámbito médico dando información sobre la enfermedad o dejando el papel de la confrontación a la familia (que en ocasiones se une a la "conspiración" de silencio como forma de proteger al paciente y reforzar su actitud negadora). El autor no cree en la negación absoluta debido a factores de diálogo interno psíquico-somático. En este tipo de cuestiones hemos de diferenciar dos manifestaciones de la negación: la benigna y la maligna (la primera se concreta en personas que no quieren descubrir toda la verdad pero siguen las prescripciones médicas y no ponen en peligro el proceso terapéutico; la segunda estaría representada por una verdadera huida de la enfermedad y todo lo relacionado con esta; si la primera forma es una manera de protegerse de las ansiedades depresivas, la segunda es un proceso disociativo cargado de ansiedades persecutorias).

Aquí entraría en debate el proceso de cómo quiere uno llegar a la muerte desde la libertad individual.

La familia y la enfermedad: en el proceso de enfermedad es importante tener en cuenta la forma de llevarla del enfermo y de la familia. La constelación de las relaciones familiares (y su forma de afrontar la enfermedad grave y el fallecimiento de uno de sus miembros) es un tema a tener en cuenta durante este proceso. El gran protagonista del grupo familiar lo conforma la organización emocional derivada de los vínculos que establecen sus miembros, que determinan los estilos de relación (y de estos derivan sus conductas). Desde la comprensión hemos de analizar el proceso de abre la enfermedad en tanto en cuanto a crisis existencial y emocional (tanto en el enfermo como en la familia en su conjunto). Una de las resultantes de esta crisis sería la aparición de una determinada función cuidadora.

En el proceso de enfermedad se unen varios factores que como profesionales hemos de

comprender: desde el proceso propio de duelo, pasando por una problemática adaptativa a la realidad que es difícil de asumir, hasta un estrés fisiológico y malestar emocional. Como decía Bowlby cuanto mayor es la situación de amenaza se ponen en marcha más acciones destinadas a impedirlo.

El estrés que se da en el seno familiar ha de ser objeto de abordaje por el agotamiento emocional en los cuidadores, pérdida de empatía.. las familias cambian su organización para ejercer la función de cuidado con una carga importante de estrés y esto no puede ser pasado por alto. La situación de estrés tiene dos parámetros importantes que han de ser tenidos en cuenta: la vulnerabilidad intrínseca a este y el sentido (consciente o inconsciente) que se da al factor estresor. En este sentido el grupo familiar sería vulnerable a la regresión y a la reactivación del factor edípico.

Desde la visión occidental (como concepto marcadamente narcisista) la muerte se contempla como un personaje que busca y persigue, como algo que ocurre en un momento que toca o que no toca.. es por eso por lo que en nuestra mente existen dos categorías: las muertes pensables y las impensables. Las primeras están asociadas a las acontecidas con personas con salud precaria o con avanzada edad y las segundas generan más trauma por no ser previsibles (el proceso de elaboración será más largo y complejo.. porque de alguna manera ha supuesto un fenómeno catastrófico). El duelo individual es tan intenso que no puede ser elaborado desde el grupo (por ello en muchas de estas situaciones se rompe o se disgrega el núcleo familiar). Esto hace pensar que en esta situación sería bueno poder ofrecer ayuda terapéutica a la familia con el objetivo de preservar al cohesión grupal y la elaboración conjunta del duelo.

La reorganización familiar en función de la función cuidadora puede ser estudiada a través del organigrama emocional que permite la comprensión de la estructura de funcionamiento de la familia. La vulnerabilidad emocional en los momentos de duelo es muy alta, por ello el equipo asistencial ha de proporcionar contención. La contención de las ansiedades, la promoción del amor y esperanza, así como fomentar la capacidad de pensamiento queda como modelo propuesto por Meltzer y Harris y pretende ser un marco que genere comprensión lejos de caer en la formulación de juicios alrededor del funcionamiento familiar en estos momentos tan difíciles. Queda expuesto por tanto que en el proceso existencial de morir se ven implicados por un lado, la forma en que el enfermo sostiene tal hecho y por otro lado la capacidad cuidadora de la familia, pero no podemos olvidarnos de la tarea que cumple el equipo asistencial y la escena emocional que se juega en el hospital. Siguiendo a Lacan podemos diferenciar entre el mundo real y la escena del mundo (donde vienen a decirse las cosas) y que de alguna manera deja implícito el concepto de subjetividad y la peculiar y personal forma de afrontar la realidad del mundo. Parece que la vida cobra un valor distinto en presencia de la muerte. El contexto hospitalario y las vivencias que allí se dan ( estrés, regresiones..) colabora a que se produzca una mayor permeabilidad en los intercambios emocionales. En el hospital parecen configurarse diversos micro-espacios que permiten que la ansiedad pueda ser contenida de diferentes maneras y esto puede suponer la existencia de cierto encuadre asistencial. Una de la conflictiva más importante se da cuando la familia y el equipo han de decidir donde es mejor que muera el paciente (en el hogar o en el contexto socio-sanitario); esto tiene mucho que ver con el valor que otorgue la familia a este último contexto ( no es solo un problema de recursos de cuidado o competencias familiares sino que puede tener que ver con las investiduras de contención o persecutorias que la familia deposita en el contexto asistencial en referencia al hecho de morir).

Por último el trabajo en curas paliativas es arduo y los equipos necesitan ser protegidos por la dureza de la tarea y para que el narcisismo no quede excesivamente expuesto y dañado. Un acto médico bien realizado es en sí mismo terapéutico.

Es necesario analizar las ansiedades y ser conscientes de la transferencia y la contratransferencia que se lleva a cabo en este tipo de situaciones para lograr un mejor acompañamiento y contención. Para afrontar efectivamente los diversos tipos ansiedades en este tipo de contexto el autor nos ofrece la posibilidad de acompañar respetuosamente la ansiedad catastrofista, la cercanía afectiva ante la depresiva, evitar identificarse con la persecutoria y saber que la confusional no se arregla dando mucha información. El hacer consciente la transferencia es de gran ayuda ya que el equipo asistencia funciona como caja de resonancia de las proyecciones de enfermos y familiares y revisar sus propias emociones clarifica mucho el marco

emocional de las familias afectadas. Los conceptos psicoanalíticos pueden ser de utilidad para una mejor comprensión del funcionamiento emocional en este tipo de situaciones y por consiguiente se pueda manejar mejor el tipo de ansiedades que aquí se ponen en juego.

### Capítulo 9: mirando la familia

La elucidación de los principios inconscientes es esencial en el trabajo con familias ya que posibilita que aprendamos a comprender el diálogo de miradas que se establece con la interacción. En la interacción y en sus aspectos no verbales (y verbales) se pueden dar encuentros y desencuentros y es necesario hacer consciente y registrar la dimensión espontánea (por ejemplo un padre ausente o una madre fría pueden provocar respuestas emocionales en nosotros que hemos de analizar para que esto no devenga en un juicio hacia la familia que pretendemos ayudar). Junto al como miramos otro aspecto interesante que ha de ser estudiado es el encuadre (ambos nos posibilitarán el marco para poder pensar en conflictos y contenidos inconscientes). Nuestra vida se desarrolla ante la mirada del otro en un continuo diálogo, mirar y ser mirados constituye una dialéctica permanente en nuestra existencia. La interiorización e interpretación de la mirada del otro genera emociones, actitudes y conductas tanto individuales como grupales. Es importante analizar como profesionales como miramos y como el otro se siente mirado por nosotros y es en la comprensión de este diálogo donde hallamos el final sentido terapéutico. Realmente ¿es posible mirar objetivamente? La familia espera mucho de si misma y es depositaria de fantasías individuales y grupales referidas al crecimiento emocional. La sociedad se ha vuelto exigente con las conductas de los padres sin tener en cuenta que las competencias en ocasiones se ven influenciadas por el contexto sociocultural. Hemos de asumir la subjetividad (ya que hemos de reconocer que no hacemos ciencia pura) como elemento fundamental de trabajo y como protagonista de la observación. En el observador y en los observados se producen gran cantidad de procesos emocionales no todos conscientes. En ocasiones nuestras observaciones se hallan en un contexto delicado, ya que observamos a personas que se hallan inmersas en un proceso de crecimiento y en estos momentos las personas observadas se hacen más sensibles a nuestra mirada, por ello hemos de obrar con precaución y respeto, con prudencia pero con sinceridad. Hemos de estar atentos a si lo que observamos pertenece al otro o es fruto de una propia proyección. El autor destaca la importancia de los principios básicos del psicoanálisis en el trabajo con las familias: la atención flotante y la neutralidad benevolente, que partiendo de la idea de la complejidad emocional y la subjetividad como pilares del trabajo terapéutico pueden ofrecer una contención y cierta objetividad ante los procesos vividos por las familias. La neutralidad estaría más relacionada con el trabajo interno contra prejuicios propios que obstaculicen generar la empatía asociada a la benevolencia (en este sentido Kohut apunta la necesidad de promover la empatía para focalizar un proceso de mirar terapéuticamente). Este mirar terapéuticamente incluye el contacto emocional, la empatía y la comprensión. Pero esta no es una tarea que se realice de puertas para fuera y sino que requiere mucho trabajo personal que análisis y reconocimiento de los propios fenómenos transferenciales y contra-transferenciales ( estar en contacto con uno mismo pero sin obviar la necesidad del otro, conocerse para que esto facilite la disponibilidad emocional hacia y con el otro, lejos de obstaculizarla y traumatizar la situación ya de por sí compleja). Los obstáculos a la comprensión empática devienen de los propios conflictos no resueltos y de representaciones mentales que subyacen consciente o inconscientemente tras nuestras formas de mirar (para poder elaborarlas hemos de trabajar desde la humildad de reconocer que no poseemos la verdad absoluta y poder acceder al diálogo con el otro el tan importante concepto de "pensar con el otro"). la seguridad que puede generarnos estar en una posición asimétrica en la que el médico o psicólogo posee la verdad máxima nos aleja del verdadero contacto con el mundo emocional del otro; y así hemos de aprender a tolerar cierto monto de ansiedad generada por la inseguridad de no ser poseedores de las máximas de la vida). La vida del otro le pertenece al otro y nuestro trabajo consiste desde la comprensión empática facilitar procesos de crecimiento, acompañarlos y desde el pensar juntos gestionar los encuentros y desencuentros que aparezcan durante el proceso.

La familia no es un concepto unívoco y no posee un único funcionamiento estereotipado sino que se mueve en una dialéctica permanente, en una espiral de continuos cambios, en una historia de encuentros y desencuentros que han de gestionarse desde la re-significación para otorgar nuevos



sentidos a la matriz relacional. La familia es por tanto una matriz relacional en la que confluyen las historias de sus miembros, las realidades y fantasías trans-generacionales y el diálogo continuo con la realidad del mundo social y cultural. La observación debe ser limpia de prejuicios para facilitar la comprensión empática desde donde podemos encontrarnos con el otro. La familia se constituye a través de la vinculación (física y afectiva) y mantiene una interna lucha de historias de encuentros y desencuentros, por lo que la definición semántica de familia no tiene mucho sentido per se, sino que las funciones que se le atribuyen en ocasiones son conseguidas y en otras no ( la familia tiene voluntad de actuar como tal pero no siempre es posible por la complejidad emocional que subyacen bajo todas las historias que contiene). La observación empática libera a la familia de ansiedades persecutorias y de la pretendida exigencia profesional, que las ancla en debería carentes de sentido para comenzar un proceso de crecimiento. Hemos de estar atentos a los procesos que nos implican (saber que es nuestro y que es del otro). La excesiva emocionalidad y las luchas que se establecen desde la exigencia ("el cumplimiento") puede hablarnos de identificaciones masivas, o de proyecciones de aspectos propios no elaborados ( por ello es importante el trabajo de análisis personal y las supervisiones que de alguna manera objetivan la realidad que nosotros solo contemplamos desde nuestra propia subjetividad). Tras actuaciones familiares a priori injustificables, existen dramas personales que implican a todo el grupo familiar (duelos, heridas narcisistas, conflictos...) y que han de ser escuchados desde la comprensión empática para facilitar un proceso de elaboración que devenga en crecimiento personal y en cierta reorganización emocional y un reconstrucción del organigrama de la estructura familiar. No se trata de enseñar sino de pensar juntos en como aprender. La realidad y las circunstancias en ocasiones (y con posibles consecuencias para nuestro narcisismo) golpea nuestra voluntad y nuestros proyectos comenzados con ilusión. No es adecuado presuponer o asumir de antemano y partir de supuestos funcionales y estereotipos rígidos (que parece que hay que asumir que forma inflexible) que obnubilan la realidad emocional. Los supuestos y los "debería" predisponen al juicio y obstaculizan el proceso de generar empatía que conduce a la comprensión emocional y como profesionales hemos de evitarlos y partir no de supuestos teóricos de procesos de la normativización del crecimiento sino de la realidad emocional de los componentes de la familia.

El trabajar con personas supone gran responsabilidad y ha de tratarse el abordaje terapéutico con enorme respeto (que no tanto es miedo) ya que el ayudar a otros a comprenderse mejor parte de una propia comprensión de uno mismo. Hay que saber diferencia muy bien que es mío que del otro, para comprender el sufrimiento del otro es necesario trabajar sobre nuestra tendencia irremediable y defensiva de proyectar en el otro, partes que no asumimos de nosotros mismos. Estas tendencias que se dan durante el proceso lejos de considerarlas como obstáculos hemos de contemplarlas como instrumentos de trabajo (que nos acerquen al otro) desde la gestión adecuada del pensar juntos. Como expone Jorge Thomas la familiar es una dimensión de la vida mental que es continuamente revisada a lo largo del ciclo vital. Cuando observamos al otro lo hacemos irremediablemente desde nosotros mismos; observamos una familia desde nuestra experiencia interna de tal concepto (medimos por el rasero de nuestra experiencia, de nuestros deseos, no desde la teoría o la neutralidad absoluta... esto me recuerda a la "falsa medida del hombre" falsa en cuanto a que no es absolutamente teórica, sino real desde la no completa verdad de todo... somos nuestra historia y a la revés y somos lo acontecido no universal sino subjetivamente experienciado). La familia interna ( concepto que me recuerda al grupo interno desarrollado por Pichon Riviere es un conglomerado dinámico de experiencias, emociones, deseos.. que nos remiten al propio proceso edípico y a conceptos de nuestra matriz relacional.. es una constelación interactiva en la que confluyen experiencias que conformaron nuestra vivencia de nosotros mismos. En las interacciones es donde se validan o se niegan partes del si mismo que nos otorgan la identidad que anhelamos descubrir a lo largo del sentido que buscamos a nuestra existencia. La conflictiva inconsciente (vista en las contraidentificaciones) del terapeuta ha de ser desvelada por el trabajo analítico para que esto devenga en un facilitamiento de la tarea lejos de obstaculizarla.

El paciente busca un terapeuta no otro miembro familiar (otra madre, padre, hermano..) aunque en ocasiones tengamos que desempeñar tales funciones ( el paciente ya tiene un padre, una madre.. y solo necesitamos poder reconocer que nos impulsa a actuar de determinada forma con un paciente, para que el abordaje terapéutico no esté condicionado y contaminado por zonas de

nosotros mismos que necesitamos salvar, narcisizar o proteger... la terapia ha de ir en función del paciente.. para todo esto resulta muy útil la supervisión).

En la atención a la infancia sería necesario conciliar el modelo médico y el psicoanalítico para lograr una mejor comprensión. La explicación biológica y el análisis de la subjetividad de la emocionalidad podrían contemplarse como complementarias. La integración de disciplinas favorecería un proceso terapéutico más efectivo y enloquecedor. Los aspectos sociales también han de ser tenidos en cuenta. Por otro lado la preocupación de los padres por lograr la total objetivación (en diagnósticos, pronósticos..) puede dificultar la comprensión empática de la dinámica familiar y su sufrimiento. Parece que el modelo médico prima la objetivación y las familias se acogen a ella de alguna forma para liberarse de la ansiedad que genera la inseguridad y la incertidumbre de trabajar sobre procesos subjetivos. Para el modelo médico el protagonista central es el niño que viene acompañado de unos padres que se presupone deberán colaborar en el tratamiento. Para el autor el protagonista es la familia y no exclusivamente el niño (ya que la dinámica y los patrones relacionales entre los diferentes miembros articula la problemática que se pone de manifiesto en las dificultades del niño: se contempla al niño como el portavoz de la problemática del conjunto familiar como expondría Riviere). Los padres han de ser tenidos en cuenta para trabajar con ellos no solo como acompañantes sino como partícipes activos de la acción asistencial (lo que no implica restar importancia a la individualidad del niño sino más bien devendría en una mejoría de este). El diagnóstico en ocasiones puede convertirse en un elemento persecutorio para unos padres que no han sido entendidos en su dolor (para lograr contenerla hemos de aproximarnos a esta verdad desde al ritmo que el sufrimiento tolera). En este caso hay que tener en cuenta la fragilidad y oica del grupo familiar para un mejor acercamiento y una mayor comprensión de su dinámica. Se aborda también el sentimiento de culpa que consiste en un estado angustiado de nace de un conflicto interno que gira en torno a la valía del self; supone un juicio y por consiguiente una sentencia. Es un fallo y una sentencia sobre la valía personal en el que sin derecho a defensa se condena como culpable al acusado... del concepto de culpable por culpabilidad se infiere que el sentimiento de culpabilidad lleva implícito el ser víctima de culpa. La necesidad de evaluar inconscientemente provocar un autoexamen en cuyo contexto aparece la culpa que condena y lleva a someterlo a ser víctima. La culpa está ligada a la parentalidad en la medida que ser padres nos conecta, consciente o inconscientemente con procesos de examen de nuestra valía como tales. Organizar una familia implica un gran compromiso emocional y es una situación que pone a prueba la valía de nuestros recursos (y nos hace protagonistas y víctimas).

La culpa no procede solo de un conflicto interno sino que es un producto que dimana del ambiente ( cultura, religión...). la conceptualización de las religiones gira en torno a dos ( la judía que se basa en el sometimiento al padre y la cristiana en la que el hijo asume la carga de la culpa ante la ira del padre y se ofrece como víctima para salvar a la humanidad): Leon Grinberg. En Tótem y Tabú Freud expone su teoría acerca de la culpa exponiendo desde la horda primitiva enfrentada al deseo de ocupar el lugar del padre todopoderoso ( la culpa y el temor derivados de tal deseo): de ahí que para la continuidad familiar se establecen los tabúes del incesto y el parricidio. Las culturas se organizan en torno a estos modelos consustanciales que contienen y alzan a la familia como organizador de la ética social. A la hora de asumir la parentalidad se revisa como hemos tratado en su interior a las figuras parentales (revisión que conlleva culpa). Otros autores como M. Klein articulan nuevos conceptos de culpa en relación a sus posiciones esquizoparanoide y depresiva (la culpa persecutoria es más primitiva y consiste en el temor a ver atacada la supervivencia del yo, y la depresiva estaría más ligada al temor a perder los objetos amados en la que aparece la responsabilidad y el deseo de reparación). En la realidad ninguno de estos conceptos está superado totalmente y lejos de ser posicionamiento fijos se transita de uno a otro ( al intensificarse las angustias depresivas se tiende a utilizar defensas paranoides ante la culpa).

Podemos decir que la culpa es consustancial a la parentalidad en tanto en cuanto las dificultades y los problemas de los hijos tiende a cargarse desde la responsabilidad inherente de ser padres, por lo que se hace imprescindible en el trabajo con familias el contener tales ansiedades en los padres para poder avanzar y progresar en la comprensión empática de la dinámica familiar. De la persecución a la reparación se ha de transitar el camino del crecimiento para lograr cierta dinámica saludable. El poder contener y comprender la culpa es un factor importante para el

trabajo terapéutico que favorezca el acceso a la reparación, a la ayuda y por tanto al cambio emocional. La culpa adquiere diversas manifestaciones (la proyectada o paranoide, la negada o maniaca y la interiorizada o depresiva) en todos estos casos es necesario expresarla y exteriorizarla de forma que puede ser comprendida empáticamente y así retornar a los padres a un sentimiento de valía que les permita desarrollar su función parental. La culpa se fundamenta en la existencia de un conflicto interno y un producto cultural y responde a la necesidad racional de dar una explicación lógica a lo que nos sucede, es la búsqueda natural de un por qué para ubicarlo en una razón que se considera nos liberará de la angustia. Toda esta búsqueda va acompañada de una vivencial emocional intensa y perturbadora. Hay que estar atentos a la historia personal para lograr una comprensión integrada (por ejemplo una culpa persecutoria que lleva a actino constantes para compensar una culpa depresiva de una falta de atención puede llevar a los padres a recolectar una serie de ayudas que lejos de beneficiar al niño lo sumen en intranquilidad y ansiedad. La vorágine emocional que se desprender de sentimientos culpógenos hace que se dé una dinámica que afecta a todo el núcleo familiar siendo el portavoz de esto la ansiedad del niño. Por tanto el niño y sus dificultades en ocasiones son el resultado de conflictos establecidos por la culpa de los padres.

La problemática por la que se consulta hace referencia a dos aspectos la preocupación de los padres y la dificultad del niño (lo que hemos de lograr establecer nexos de unión entre ambos para lograr una integración en la comprensión de la dinámica). Las dificultades de los padres repercuten en la experiencia infantil, las proyecciones de los aspectos no elaborados de los padres quedan depositadas en los hijos. Las identificaciones, proyecciones de los padres nos remiten a la historia personal de los propios padres en sus dificultades infantiles (la culpa adulta puede ser el resultado de una no elaboración de experiencias emocionales infantiles). Las conductas problemáticas del niño, su dificultad en la alimentación y otros hechos nos pueden remitir a las dificultades de los padres (no tomándolos como responsables, ni culpables sino comprendiendo sus heridas narcisistas y elaborando aspectos que quedaron sepultados, negados o disociados de sus experiencias tempranas como hijos). Si trabajamos con las dificultades de los padres (a la par que con el niño) podremos lograr cambios y avances significativos y retornaremos a los padres a sus capacidades y a su valía para desempeñar la función parental. No podemos obviar las dificultades y las heridas narcisísticas de los padres porque no estaríamos siendo honestos (ya que el niño está constantemente influido por la actuación, emocionalidad y actitud de los padres.); negar esto u obviarlo conlleva dar la espalda a una realidad ineludible. Hay que tener en cuenta la constelación familiar en la que se desarrollaron los padres (cuando eran niños) para acceder a una elaboración reflexiva que ponga en relación su actual conducta y la respuesta de su hijo. La propia interacción de los padres (con los padres de estos cuando eran niños) nos aportará valiosa información para comprender y descubrir cuál es la motivación de la dinámica familiar actual.

La acción de la ayuda emocional ha de basarse en la búsqueda de la verdad, desde la comprensión empática y desde la honestidad de nuestros propios límites. Ayudamos al paciente en tanto en cuanto logramos ofrecer el espacio necesario para que este se desarrolle, intentamos comprender las propias dificultades que él experimentó para poder explicitar y poner en relación la dinámica de su proceso y acompañamos este. Establecer una relación de confianza en la que la autoridad y el sometimiento no se encuentran muy presentes posibilita la gestión de las dificultades relacionales que están implícitas en la problemática actual.

La omnipotencia narcisista del profesional nunca ha de sobreponerse a las necesidades del paciente, ya que la intervención terapéutica perdería su ética. La prioridad del acto terapéutico es promover el crecimiento, y la idea no reside en dar recursos sino en promoverlos, no en dar sino en facilitar un espacio de disposición. Todos tenemos recursos que pueden estar inhibidos por ciertos conflictos y la labor terapéutica consiste en abrir caminos a tales potencialidades, a la actualización de Rogers que enuncia que el ser humano tiende a su esencia. No existen recetas mágicas de cómo ser buen padre o madre (aunque los expertos intenten vender las nociones y las normas para ser buenos padres) sino más bien considero que la honestidad de reconocer las propias limitaciones y dificultades nos abre el camino para elaborar y gestionar los conflictos que puedan surgir intersubjetivamente fruto de la misma interacción. El hecho de ser buen padre o madre está más ligado a estar presente de forma genuina (no tanto en exigirse ser bueno sino en reconocer la realidad de la propia presencia). El truco no está en acertar sino en ser genuino en el

intento y gestionar las reacciones de ambos (desde la empatía y la comprensión mutua, generosa, reparadora y abierta al cambio). No hemos de creer que como profesionales tenemos el derecho de aleccionar a nadie de cómo debe actuar sino más bien facilitar el espacio en el que podamos pensar juntos acerca de las dificultades para posibilitar el crecimiento.

### Capítulo 10: Repensando los conceptos básicos

La familia es el escenario donde se da la dimensión histórica del mismo proceso familiar. La textura, es decir la disposición de los hilos y el mismo hecho de tejer se da en la propia familia como proceso de construcción histórica que promueve la continuidad, la cohesión y el sentido de los fenómenos individualidad. El marco de referencia que supone la familia es un constructo importante en el trabajo y abordaje terapéutico en tal contexto. Cuanto más acceso tengan los miembros de una familia al conocimiento de su papel de protagonistas en la historia del grupo, mayor será la cohesión emocional. Desde el trabajo clínico se nos da cierto acceso al conocimiento del entramado familiar ( con los aspectos inconscientes, y ocultos y desconocidos por ellos). Como en toda familia hay aspectos desconocidos, no asociados al continuum pasado-presente como marco referencial en el que construir las experiencias relacionales. La esencia de la intervención terapéutica reside en acceder a los elementos desconocidos para poder elaborarlos, desde una integración de los aspectos experienciales y los teóricos (considerando la experiencia como elemento organizador y apelando a la teoría para lograr una mejor explicación de los fenómenos observados, pensados y sentidos en este contexto). Es necesario partir de la experiencia de cada familia para no caer así en la generalización errónea, y poder desarrollar una aplicación técnica propia para cada caso. La ayuda emocional a la familia comprende la integración de varios campos de comprensión: la propia dinámica familiar (teniendo en cuenta aspectos trans-generacionales), la permeabilidad de esta al contexto sociocultural que la enmarca, la atención a las propias individualidades que la componen. La familia es un ente dinámico y subjetivo, en continuo cambio y al que no se puede acceder desde una observación puramente objetiva sino desde una comprensión empática y profunda de su matriz relacional. Es necesario instituir un modelo para lograr una forma de mirar libre de prejuicio que nos acerque a la comprensión de la dinámica familiar, y desde este modelo establecer un abordaje terapéutico apropiado al caso en sí. En el trabajo de observación con las familias observamos fenómenos como los siguientes: el inconsciente familiar, las transferencias y contratransferencias, los estilos relacionales y comunicativos y su trato con la verdad y la mentira, los distintos tipos de ansiedades y su gestión así como sus interacciones y representaciones mentales.

Ciertamente no puede haber mente consciente sin inconsciente y viceversa, una crea a la otra y una no puede existir sin la otra. Este argumento de Odgen explicita la relación existente en ambos procesos que interactúan constantemente y se conforman mutuamente. La dinámica familiar se sustenta en los climas de encuentro y desencuentro que han de gestionarse y abordarse terapéuticamente desde una perspectiva conciliadora, teniendo en cuenta tanto las necesidades de los padres como de los propios hijos. En un proceso terapéutico integrado han de darse tanto la incorporación de las dificultades y capacidades de los hijos, enmarcados desde un marco relacional con las propias limitaciones y potencialidades parentales. Ligar los aspectos inconscientes desde la reflexión racional y la integración emocional a los aspectos más conscientes para lograr una coherencia y una cohesión familiar saludable. Se asume un inconsciente familiar compartido en el que el niño accede a una organización comunicativa (madre ambiente) que nutre y es nutrida como dimensión activa de la vida mental compartida. La formulación del inconsciente grupal de Bion revela que las familias a través de sus acciones, actitudes, y estilos relacionales descubren aspectos ocultos y por tanto existe una dimensión desconocida en la raíz de sus motivaciones (por consiguiente la terapéutica habrá de centrarse sobre todo en la dilucidación de las comunicaciones inconscientes).

Los procesos conscientes y los inconscientes hallan sentido en tanto en cuanto interactúan y desvelan la dialéctica inherente a ellos así como la relación dinámica constante entre ellos. El inconsciente deja de ser así un mero reservorio de experiencias reprimidas para ocupar un lugar importante en la formación de la subjetividad, entendiendo esta como la capacidad de interpretar la existencia.

En los avances de la neurociencia se han podido incorporar conceptos psicoanalíticos complementarios como señala Coderch en alguno de sus artículos. La relación existente entre los diferentes tipos de memoria (superando ya los conceptos de fijación y evocación) podemos hallar la memoria explícita o consciente (con sus dimensiones genéricas y episódicas) y la implícita o inconsciente (con sus dimensiones procedimentales y asociativas). Por lo tanto podríamos establecer diferentes tipos de funcionamientos emocionales del grupo familiar que está conformado por la dialéctica consciente-inconsciente y el diálogo constante de subjetividades. Los inconscientes individuales confluyen en el grupal y este es el producto de las interacciones de aquellos a la vez que influye y conforma a los primeros de forma dinámica. En ocasiones es frecuente encontrar que en el inconsciente individual se representa el grupal a través de asociaciones. En la dinámica familiar es necesario contemplar la aparición de subgrupos que hacen alusión a rivalidades y alianzas entre los miembros para así establecer de forma más eficaz el organigrama. La cooperación o la competencia entre los miembros a de ser analizada así como los estilos relacionales de los integrantes.

La transferencia es otro elemento importante en el trabajo familiar ya que transportamos y reubicamos experiencias relevantes pasadas en relaciones actuales y es un mecanismo que permite al profesional acceder a los patrones relacionales primarios. Por lo tanto la transferencia nos remite a tipos relacionales que son conducidos por "traspaso" de una situación relacional a otra. Es un fenómeno universal y multidireccional, incluye la reciprocidad y una transferencia alimenta por interacción a la otra, conformando estilos de relación. En el anacronismo que puede representar la transferencia (ya que adjudicamos sentimientos a una persona que corresponden a otra) se ofrece relacionalmente la posibilidad de llevar a cabo una resignificación y una modificación de la experiencia. Por tanto la transferencia no ha de ser entendida solo desde la repetición de patrones infantiles sino también desde una perspectiva más relacional que supone la espera de una experiencia correctora de algún aspecto carencial en la infancia como postulan los autores relacionales o los de orientación del desarrollo. Pero podemos decir que tal anacronismo nos permite una comprensión más empática del estilo relacional de la persona o del grupo familiar. Es importante reconocer aspectos de la transferencia tanto positivos (que llevan a la confianza y a la sintonía) como los negativos (que producen temor y desconfianza). En el trabajo con las familias el estudio y la comprensión de la transferencia se hace más complicada por las multi-interacciones que se dan entre los miembros (hay que observar la transferencia entre los miembros de la familia, la reacción de cada miembro con el terapeuta y la relación entre el grupo y el profesional). Este último fenómeno transferencial: el grupo con el terapeuta es muy importante porque manifiesta la actitud de la familia para con el profesional y para con la situación terapéutica y por tanto con el contexto del proceso psicoterapéutico. Por tanto podemos decir que para comprender este fenómeno habríamos de entender la transferencia de la familia como un todo para organizar nuestra comprensión de forma adecuada. Se concibe a la familia como un sistema de sostenimiento compartido dentro del cual se desarrollan relaciones múltiples que suministran material experiencial para cada miembro particular y al mismo sistema grupal (madre-hijo, padre-hijo, madre e hijo-padre, madre-padre, familia-trasngeneracional, grupo familiar nuclear-familia extensa..). En la transferencia contextual se espera del terapeuta que ofrezca suficiente contención y comprensión para mejorar los sistemas de sostenimiento de la propia familia. Una desconexión o una falta de sostén en alguno de los emparejamientos influye en toda la familia y es por esto que la familia es vulnerable a las distintas interacciones, se conforma una circularidad que repercute tanto en la individualidad como en la grupalidad.

La contratransferencia es otro elemento a tener en cuenta en la honestidad profesional. Consiste en la forma en la que nos sentimos en el contexto relacional (en relación con el otro). Representan aspectos conscientes o inconscientes que presenta el terapeuta dentro del contexto terapéutico. En la conceptualización clásica del psicoanálisis basado en la neutralidad la contratransferencia suponía un obstáculo, aunque desde perspectivas más relacionales se considera un elemento más de trabajo (basándonos en la imposibilidad de ser totalmente neutrales podemos considerar la contratransferencia como un elemento más que se pone en juego en el marco analítico y que ha de ser gestionado adecuadamente). El terapeuta es depositario de numerosos proyecciones, identificaciones que han de ser explicitadas en el contexto analítico para poder acceder a los significados que encierran y favorecer así la elaboración, la reflexión y el crecimiento. Una contratransferencia no pensada y elaborada puede



llevar a la acción. Por eso observar las denuncias que hacen los integrantes a través de su forma de relacionarse, las alianzas que establecen los participantes.. y la sensación que nos genera aporta información valiosa para descubrir las necesidades ( de lo que se carece) ,ansiedades y así poder ayudar a sostenerlas... en la contratransferencia parece que se "nos impone" una determinada sensación que nos lleva a la actuación, pero si reflexionamos podremos ver que tal sensación es lo que parecen denunciar y si actuamos retaliativamente retraumatizaremos ya que de alguna manera confirmaríamos las expectativas nefastas que la familia provoca. El terapeuta funciona como caja de resonancia (en la que se consideran los aspectos más inconscientes de la comunicación) y como metabolizador de experiencias, para lograr una resignificación relacional que ayuda a un mejor funcionamiento familiar. Funcionaría de forma algo parecida a la contraidentificación proyectiva en la que el otro te deposita y te "impone" de forma inconsciente su forma de sentirse en relación y actúa de forma que tú sientes lo que él no se atreve a expresar.

El sufrimiento es lo que desde el psicoanálisis pretender poder ser comprendido. Si bien es cierto que la ansiedad supone sufrimiento en ocasiones no ha de ser vista como algo puramente patológico, sino que puede ser comprendida como motor de la existencia por la dinámica dialéctica y la conflictiva que supone el mundo interno y el externo, lo consciente y lo inconsciente... este diálogo permanente nos sitúa en una vulnerabilidad para ser carne de cañón de angustias en ocasiones difíciles de manejar. Es necesario conocer el contenido de tales angustias y la forma de tratar a tales desdichas para poder sostenerlas y elaborarlas. La angustia podría ser entendida desde la existencia de una vida mental dinámica y compleja. Cuando la tarea emocional fracasa la angustia se adueña del funcionamiento familiar y dependiendo de cómo se trate esta situación aparecerá la desdicha, por tanto la escucha, la comprensión y el reconocimiento de las ansiedades son tres pilares fundamentales en el trabajo con familias. Nuestra labor no es taponarla sino dejar que se expresen para poder descubrir a que conflicto nos remite. Una de las funciones del aparato mental familiar es el de contener las ansiedades que se reparten entre sus miembros de distinta forma.

Siguiendo la perspectiva de M.Klein se destacan cuatro tipos de ansiedades: persecutoria ( miedos referidos a la seguridad del self; parte de la existencia de una conciencia temprana de posibilidad de destrucción al entrar en contacto con vivencias de precariedad y desamparo; lo agresivo se proyecta en el exterior que genera amenaza de peligro), confusional (es una amenaza a la capacidad de pensar y comprender, genera desorientación), depresivas ( centradas en el miedo del objeto amado y originada en el conflicto de la ambivalencia; la pérdida, la vulnerabilidad, la baja tolerancia al sufrimiento que origina la dialéctica amor-odio y la moral excesiva son elementos relacionados con este tipo de ansiedad), y por último la catastrófica ( que suponen un dolor impensable, relacionadas con el terror sin nombre o experiencias traumática de afecto insoportable). La ansiedad está relacionada también con sucesos traumáticos y con la encarnizada lucha que establecen las defensas y la realidad (tal como describía Freud) y con estigma relacional que se impone en este tipo de situaciones. La esencia del trauma es la destrucción del absolutismo y de la ingenuidad de la seguridad, lo que altera la manera que uno tiene de sentirse en el mundo, el mundo propio pierde la afinidad y la conexión con el resto del mundo relacional y este profundo abismo se torna en un angustioso sentimiento de soledad y tristeza, tal y como afirma Stolorow en su descripción del vacío afectivo de la víctima.

El tipo de ansiedad y la forma de tratar este tipo de experiencias nos ofrecerá la posibilidad de comprender el sufrimiento en sus diversas manifestaciones. Lo traumático no es en sí la situación generadora de trauma sino la gestión que se hace de esta. La intensidad, la cualidad y los contenidos son factores a analizar para una comprensión integrada del sufrimiento. Existen dos formas básicas de trato de la ansiedad: la modulación (que supone la capacidad para contener el sufrimiento y hacer experiencia emocional) y la evitación ( se concreta en la formación de un mecanismo de defensa que representa la forma de no entrar en contacto con el sufrimiento, y articula una desvirtuación de la realidad.

Los estilos comunicativos son ineludibles en un buen y honesto trabajo terapéutico. La comunicación es una función del ser humano, no restringida y que lleva a la conexión con el otro. Podríamos decir que es la contrapartida del aislamiento. Partiendo de la idea bioniana de que el niño viene equipado y predispuesto a la comunicación accederá de forma progresiva al lenguaje y a la palabra. La comunicación encierra potenciales no solo verbales de interacción sino también

estilos relacionales, mediante actitudes no verbales que pueden ser conscientes e inconscientes. El estilo comunicacional, en cuanto relacional nos aporta valiosa información para la comprensión de la dinámica familiar. La comunicación se asienta sobre la dialéctica verdad-falsedad en la que puede primar la genuinidad y la búsqueda de la verdad o la apariencia y el falso self del que hablaba Winnicott.

Considero que es necesario rescatar la importancia de la negación o el ocultamiento de información relevante desde la indagación de sentimientos como la culpa y la vergüenza que causan mella en los estilos relacionales, por desvalorizaciones. Creo que la vergüenza o la culpa cumplen como los mecanismos de defensa estilos de protección contra algo doloroso que ha de ser trabajado desde un marco de confianza, seguridad, protección y sobre todo desde una comprensión empática. Por otro lado es necesario en el trabajo con familias estar atentos a los distintos niveles de comunicación y la forma de establecer diálogos (desde las alianzas cooperativas o desde las competencias que obstaculizan una comunicación narcisista y desconectada). Los estilos comunicativos configuran el discurso familiar que puede clasificarse del siguiente modo: el depresivo ( desesperanza y pesimismo y puesta de énfasis en la pérdida del objeto amado), paranoide ( el sentimiento de desconfianza y amenaza se adueñan del estilo relacional enfrentándose desde la hostilidad y la rigidez que destruyen los intercambios amorosos e impiden establecer relaciones de ayuda), obsesivo ( estructurado desde la rigidez y el control, el orden y la frialdad emocional), histérico ( basada en la necesidad de crear impacto emocional en el otro a través de la actuación y la dramatización y la representación desmesurada en la que aparecen la disociación), psicósomático ( producto de duelos no resueltos y la no aceptación del sufrimiento emocional desplazado a la corporalidad), perverso ( estructurados desde el ataque a los vínculos amorosos y a la verdad intercalándose estos aspectos con funcionamientos constituidos desde la envidia), psicopático ( basados en la ausencia de empatía en los que la acción sustituye a la reflexión y a la capacidad de pensamiento, la lucha y el poder como elementos de dominio narcisista son lo más característico de estos aspectos de manipulación), delirante ( en el que las interacciones girarán en torno a creencias sin contacto con la realidad). El silencio estructura un núcleo de aislamiento que lleva a la persona al ensimismamiento apartándolo del contacto relacional con otros; el silencio en cuanto a no comunicación, negación de la realidad supone la contraposición a la talking cure que libera a las personas de las cadenas de la no comunicación para retornarlas a la relacionalidad inherente al ser humano.

Las interacciones y las representaciones mentales que subyacen a estas son fruto de las relaciones objetales y suponen una reciprocidad. En el trabajo con familias somos observadores privilegiados de las diferentes interacciones que se establecen entre los miembros. La interacción que da dentro de un vínculo significativo o mutualidad ( como ya enfatizó Winnicott) y como ya propusieron autores como Fairbairn ( el niño busca el objeto no la gratificación de la pulsión en sí) o Bowlby (con su teoría del apego). Por tanto la interacción y su estudio pueden contemplarse de forma integrada desde una perspectiva relacional. Stern en su "constelación maternal" establece que las interacciones son la base de las representaciones. Se establece una relación constante entre la interacción y la representación mental producto del proceso de interiorización de las interacciones. Se asocia el estar con el otro con un modo representacional de estar con el otro derivado de las múltiples interacciones. El trabajo terapéutico con las familias nos ofrece un espacio privilegiado de observación de esta constelación de estilos relacionales y comunicativos y nos da acceso a la comprensión de tal dinámica. Los estilos invasivos y con una alta demanda de atención pueden apercibirnos del fracaso en las interacciones.

El rechazo de la comunicación y la interacción física y afectiva causa dolor emocional y actuaciones compulsivas de búsqueda de contacto con el otro. En este sentido considero que el narcisismo y poder ceder espacio al otro desde la comprensión empática juegan un papel esencial en un efectivo retorno terapéutico hacia la interacción genuina y afectiva. En las interacciones se ponen de manifiesto las proyecciones, las identificaciones, las introyecciones y los desplazamientos, así como aspectos transferenciales latentes y se depositan emociones mediante contra-identificaciones que hacen que algún miembro se convierta en portavoz de la demanda familiar a través de emergentes; tales fenómenos se dan fruto de la multi-interacción de sus integrantes y deja al descubierto aspectos narcisistas, carencias, traumas, pero también capacidades y potencialidades que se manifiestan en estructuras relacionales dinámicas.

## Capítulo 11: las intervenciones terapéuticas

El trabajo con familias es una ardua tarea por la complejidad emocional que encierra. Por un lado la intervención con las familias podría dividirse en dos grupos: la contención y el apoyo en momentos difíciles así como tareas de sensibilización y por otro lado intervenciones terapéuticas más sofisticadas y que requieren más especialización.

En incremento de las patologías (asociado a la falta de contención social así como a mejoras en la evaluación) en esta sociedad del bienestar sumergida en profunda crisis enfatiza el hecho de abordar la problemática desde el ámbito mismo de la familia como espacio natural de solución de problemas para que desde ellas hallen soluciones que les hagan establecerse de forma más saludable. Los recursos que priman la individualidad frente a la realidad relacional del ser humano desprestigian la efectividad de los modelos que contemplan la problemática desde la globalidad. Acceder a la estructura del conflicto favorece el progreso terapéutico y lejos de alienar la individualidad la otorga un sentido relacional, de crecimiento y abierto al cambio.

Actualmente coexisten modelos en los que se estructura el tratamiento desde la familia como elemento terapéutico central y otros que lo consideran de forma complementaria al tratamiento individual. Desde el libro que nos ocupa se nos lanza la idea del trabajo con la familia no solo desde un planteamiento de abordaje terapéutico complementario al individual sino más bien como un sistema a implementar operativamente en el terreno asistencial. Se nos insta a asumir la ideología del modelo para su desarrollo efectivo, no solo desde la perspectiva de la propia implementación, sino más bien desde la concepción relacional de la esencia del ser humano. El principal argumento de la defensa de tal modelo reside en que idea de la grupalidad como aglutinador de las experiencias individuales: nos conformamos desde lo relacional y es desde ahí desde donde ha de partir cualquier abordaje terapéutico que pretenda una comprensión integral de la persona. Es necesario poder asumir el abordaje del sufrimiento del grupo familiar para ofrecer un sistema asistencial más integral y coherente. El abordaje psicoanalítico ofrece esta oportunidad de ayuda a las familias y aunque su implementación es tarea ardua (por la enorme implicación y formación especializada que se requiere, así como la poca facilidad que se oferta desde los ámbitos asistenciales públicos) es necesaria para desarrollar una visión más coherente, honesta e integral de nuestro trabajo profesional. La preponderancia del modelo médico resta parece restar potencial al modelo psicoanalítico por la presión asistencial de la búsqueda de rápidos resultados, sin ser esta una conclusión del todo acertada ya que la efectividad del modelo psicoanalítico proporciona la consecución de altos niveles de ayuda sofisticada que repercuten en mejorías significativas en los pacientes atendidos. El trabajo con familias además parece suponer un ahorro en el gasto asistencial en la medida en que las familias reciben ayuda para restablecer sus funciones básicas. No se cae por tanto en la dependencia del modelo médico sino más bien se procura instaurar un funcionamiento autónomo, consistente y coherente de funcionamiento tomando en cuenta las propias dificultades, carencias en el proceso familiar, intentando restaurar estas desde la comprensión empática y desde una perspectiva relacional que pretende enseñar a la familia a resolver sus conflictos desde la gestión de estos y la comprensión de sus significados. Los pilares básicos para organizar la ayuda emocional deben acoger a la familia como grupo para un abordaje más honesto e integrado. Hemos de contemplar la familia como algo más que la mera suma de sus miembros, como las interacciones y la matriz relacional que se forja en su seno, como el complejo interjuego de intersubjetividades conformados desde la interrelación que se da entre sus componentes. La subjetividad individual, no podemos olvidar, se teje en el seno de las interacciones de la experiencia familiar: los significados subjetivos están inexorablemente unidos a la experiencia grupal donde se conforman en primera instancia y que adquieren un sentido propio desde la grupalidad de la que proceden. Esta posición nos aporta una visión más amplia e integrada de los fenómenos intersubjetivos y nos ayuda a configurar un encuadre más amplio que nos resulta eficaz para un abordaje terapéutico más honesto. Por otro lado, el sentirse pensados como familia es un elemento restaurador en si mismo de la unidad familiar y reestructurador de la funcionalidad presupuesta en esta grupalidad. Es por tanto, necesario configurar un espacio para la familia, que favorezca una comprensión de lo que les ocurre como grupo y así podemos entender el conflicto como la expresión de las dificultades relacionales entre los miembros, esto genera la posibilidad de crear un espacio emocional donde poder ser

entendidos globalmente. Se favorece y enfatiza la noción de grupo como "continente" y sistema contenedor de ansiedades individuales, y elemento sostenedor y gestor de conflictos inherentes al concepto relacional. La técnica es algo necesario para posibilitar el trabajo desde un encuadre que posibilite un abordaje eficaz, desde la comprensión empática, la tendencia hacia la neutralidad benevolente, la confianza, y promover el cambio desde la búsqueda de intervenciones que conecten a la familia con el conocimiento de todo aquello que no saben de sí mismos. Se facilita la progresiva modificación de patrones relacionales desajustados desde la valoración, tolerancia, interés, contención, honestidad, serenidad, y no desde el adoctrinamiento.

Evaluar el funcionamiento de la familia para una intervención terapéutica es complicado sobre todo si se intenta implementar desde las técnicas de evaluación individuales y además por la dificultad que supone establecer un marco delimitado de definición del grupo familiar (ya que existen diversos tipos de familias que requieren de una evaluación propia y no excesivamente normativizada, sino flexible para adaptarnos a los tipos que subyacen a tan amplio concepto). Por tanto si los criterios de evaluación individual no son aplicables al marco familiar hemos de desarrollar una técnica específica destinada a tal fin. Por otro lado no es adecuado trasladar los criterios de evaluación diagnóstica (tales como familia depresiva, psicósomática, perversa...) porque limitan la comprensión del proceso y fragmentan la visión integral que se pretende conseguir (por tanto no son elementos prácticos de intervención terapéutica, sino más bien aspectos interesantes en la investigación psicoanalítica). En la evaluación se han de tener en cuenta tres niveles (el individual, el familiar y el sociocultural). La evaluación debería entenderse desde los parámetros de funcionamiento familiar y ver de donde procede el conflicto familiar (del trastorno de un miembro, de un duelo, de una desarmonía parental) para así poder formular cierto acercamiento a una intervención efectiva. Estos parámetros podrían agruparse en los siguientes: análisis de la demanda, estudios de los tipos de ansiedad predominante (que nos aporta información acerca del tipo de contención de los conflictos), tipo de discurso (expresión del estilo comunicativo), el análisis de la presencia o ausencia de la culpa ya sea depresiva o persecutoria, capacidad de autoobservación y el reconocimiento de los problemas (cierta capacidad para reconocer el conflicto y tender a la objetivación de este).

Algunas de las indicaciones que han de llevarse a cabo en el trabajo con las familias bien podrían ser la utilidad de sensibilizarse con los conflictos familiares (para trabajarlos efectivamente sobre la base del caso concreto que nos ocupa sin generalizaciones o modificaciones desde un contenido meramente teórico). La comprensión empática y el acompañamiento emocional son otros de los pilares fundamentales. Los conflictos familiares pueden tener varios puntos de inflexión que hemos de tener en cuenta como profesionales (el origen de la conflictiva familiar puede derivar de aspectos diversos: dificultades en las etapas de crianza o adolescencia, familias con algún miembro que padezca un trastorno mental grave, familias con duelos no resueltos, familias que debido a su funcionamiento patológico impidan el crecimiento de los componentes...). uno de los miembros pueden tornarse en portavoz del fracaso relacional del grupo familiar y es a través de él cuando se "denuncia" el mal funcionamiento familiar. Es importante la autoobservación y el reconocimiento de un funcionamiento inadecuado para proponer un cambio que suponga un crecimiento mental y afectivo, una integración y una consecución de recursos propios y una restitución de la identidad familiar. El portavoz del grupo como figura en la que parecen recaer la conflictiva familiar hace referencia a que este actúa como "proyector" desde las proyecciones del resto del grupo familiar y que dejan investido a este de la problemática global.

La contención es una de las funciones del núcleo familiar que de quedar dañado puede resultar peligroso para la propia autonomía de este, despojándola de recursos que se presuponen inherentes a ella. Hay que tener en cuenta las capacidades reales del grupo familiar sin presuponer o anticipar desde la mera teoría cual sería el funcionamiento más lógico o adecuado para no caer en la tentación del juicio anticipado o lograr una intervención más acorde con las necesidades de la familia con la que trabajamos. El "poder pensar juntos" nos establece en un encuadre o marco relacional desde el cual podemos crear la alianza terapéutica.

El ser humano está "diseñado" para intentar lograr comprender al otro, es proclive a entender las intenciones y las motivaciones de aquel con quien se relaciona; este potencial sano de intentar comprender al otro establece procesos íntimos de comunicación, lejos del egoísmo narcisista.

Esta tendencia humana a comprender a los demás es la esencia de la psicoterapia

Otro de los elementos importantes es el encuadre que establece un marco de actuación, y nos ofrece una forma de llevar a cabo nuestra tarea de forma ordenada, por decirlo de alguna manera es el aspecto formal de llevar a cabo ese interés genuino de acercarnos al otro desde la comprensión empática. Es el principio de un encuentro personal en el proceso del objetivo profesional que nos compromete: la ayuda emocional. La oferta y la demanda se organizan desde este encuadre que supone la acogida de la demanda explícita y sobre la que podrá realizarse una evaluación que nos llevará finalmente a la consecución de un encuadre más concreto para el caso que nos ocupa estableciendo así la alianza de trabajo como compromiso de caminar juntos. El encuadre ha de ser negociado con la familia para lograr establecer un marco, un espacio y un tiempo acorde con las necesidades de la familia y las limitaciones y posibilidades del terapeuta. El encuadre podría verse como una metáfora del ponerse de acuerdo para asentar las bases de una alianza de trabajo desde la cual trabajar. No debemos contemplar el encuadre como una fórmula terapéutica en sí, sino más bien como una estrategia dentro de un proceso dinámico en el que se establecen unas determinadas formas de mirar y sentirse mirado teniendo en cuenta los conceptos kohutianos; es dentro del encuadre donde se ponen en consonancia los recursos del profesional, la forma de diálogo interactivo y un intento por objetivar. El profesional pone en escena su experiencia así como el uso de su técnica al servicio de la comprensión empática. Derivada de la tarea de evaluación nace el encuadre más que como una mera decisión de intervención, como un compromiso de aprender a "pensar juntos" desde un diálogo interactivo. La demanda nunca es un elemento vacío y pasivo, sino que implica una forma de tratar los problemas y es por ello y mediante el diálogo interactivo entre la familia y el profesional podrá llegarse a un acuerdo acerca del encuadre que supone una nueva forma de afrontar la problemática que se despliega. Es mediante el encuadre formal desde donde se reconduce el cruce de encuadres entre la manera de hacer de la familia y la manera de hacer del profesional. Desde la narcisización adecuada que propugna Kohut o la preocupación maternal primaria de Winnicott se da el desarrollo emocional temprano que lleva a una fusión eficaz con la madre que irá reconduciéndose hasta periodos de dependencia relativa que culminarán si el proceso va bien con una cierta autonomía del niño. Aquí, en el encuadre se juegan estos elementos la dinámica dialéctica entre la fusión y la aceptación de cierta autonomía que deberán ser gestionados desde el diálogo interactivo entre familia y profesional. Es importante, según se plantea en la obra que nos ocupa cierta firmeza en el encuadre si quieren evitarse fracasos por falta de contención. El holding es otro de los aspectos que desde la comprensión empática habrá de ser cuidado en la relación analítica. El mantener una actitud de autoridad benevolente nos proporciona un marco relacionar propicio para el trabajo terapéutico. El intento de objetivar que se propone desde el establecimiento del encuadre nos remite al conflicto entre teoría y práctica, entre fundamentación de contenidos teóricos y la praxis del propio abordaje terapéutico. Es necesario tener siempre una actitud de crítica constructiva y continua revisión de los conceptos que suponemos como adecuados y que sustentan nuestra práctica profesional, así como el empleo de la técnica que no podemos olvidar es un instrumento para nuestra tarea de ayuda emocional. Partimos de la subjetividad como elemento central de trabajo y desde esta es muy complicado por no decir utópico llegar a conceptualizaciones realmente objetivas y portadoras de verdad absoluta. Por lo que como profesionales hemos de afrontar la realidad de esta verdad y trabajar desde la subjetividad como instrumento de trabajo y que ha de ser gestionado para ser facilitador de cambio desde la inherente relacionalidad y la interacción entre intersubjetividades que conformará una nueva versión de nosotros mismos. Si bien es cierto que la verdad es un elemento importante para el crecimiento emocional, cabría preguntarse si esto es realmente objetivable o más bien una realidad subjetiva y un tanto deformada ( será este grado de deformación el que marque cuan alejados o cercanos estamos de la verdad). Podríamos definir la verdad como la tendencia a no querer vivir en engaño y procurar constituir ciertos mínimos de objetividad que nos salven del caos y la desorganización y es en este sentido en el que el encuadre es un elemento de vital importancia.

En el momento de la demanda y la solicitud de ayuda es necesario evaluar esta y de alguna manera reformular tal demanda, de manera que la familia pueda reconocer su problemática como grupo y no establecerse desde la demanda meramente individual de portavoz de emergentes o chivo expiatorio; desde el libro se enfatiza la idea de la responsabilidad del grupo frente a la



problemática individual, ya que se considera que la conformación de problemas individuales se forja y queda inserta en la matriz relacional que constituye de forma progresiva las personalidades en interrelación. Es necesario lograr el paso de la actitud de meros observadores pasivos a protagonistas activos del tratamiento terapéutico, que pasa por el reconocimiento y la toma de conciencia de sus problemas como grupalidad que influye y que es influida por las individualidades que la conforman. Por otro lado el libro plantea y con lo que me siento de acuerdo es en el hecho de que la demanda existe aunque no sea explícita. La importancia de la exploración de la demanda implícita nos llevará a un diálogo interactivo con la familia y proporcionará una mayor comprensión de la dinámica del funcionamiento de esta. Por otro lado el análisis de la historia de la demanda nos conduce a análisis del proceso (en los que quedan incluidas las fantasías de la resolución de tales conflictos) de la formulación de esta y nos acercará una mayor eficacia en la evaluación, pronóstico y tratamiento de la grupalidad familiar. Es importante sondear las necesidades de la familia no solo desde el nivel explícito sino también desde la comprensión de la dinámica inconsciente e implícita (de este modo podremos ofrecer una mirada nueva que posibilite la comprensión y la apertura al cambio y al crecimiento para lo que es necesario que el encuadre no se establezca desde lo ambiguo y lo inoperativo sino más bien lo contrario: clarificación, concisión y operatividad).

Igual que no podemos negar la necesidad de los primeros procesos evolutivos de fusión y ocupar la mente de la madre de forma prioritaria o la adecuada narcisización, es igualmente innegable la existencia de la necesidad de autonomía y crecimiento y es en esta doble dimensión dialéctica donde encontramos la complejidad del proceso dinámico de la existencia en el que continuamente batallamos, no para quedar vencedores absolutos sino para sobrevivir a tales avatares y lograr el sentido a la realización personal y establecernos en el proceso de la vida más allá de lo que implica la mera supervivencia.

La teoría analítica y la tarea con la que como profesionales nos hemos comprometido conlleva una integración de esta dimensión del contenido formal de la técnica. Es imprescindible que logremos hacernos técnica y no solo conformarnos como su mera aplicación automática. Somos nuestro propio instrumento de trabajo: nos ofrecemos como sostenedores, como contenedores, como gestores de experiencia, como caja de resonancia de procesos interpersonales... y por ello que es exigible desde el compromiso honesto cuidar nuestro arte, y aprender, desde la humildad, a trabajar consistentemente para intentar ofrecer lo mejor de nosotros mismos ( conociendo por supuesto, nuestras limitaciones). La terapéutica es el ejercicio de la humanidad, del humanismo desde la propia humanidad con todo lo que esta conlleva. En este sentido me siento muy cerca de Winnicott y su concepción de la forma de trabajo terapéutico. La interiorización de la relación paciente (ya sea individual o grupal)-analista es un aspecto importantísimo de la apertura al crecimiento y el cambio ya que conforma una nueva experiencia vincular y relacional que modifica patrones estructurales previos. El descubrir a la familia como grupo, el ofrecer un espacio para ellos y el ejercicio técnico posibilita un trabajo terapéutico desde un abordaje grupal. sin pretensiones utópicas y reconociendo la complejidad que supone este trabajo es necesario la continua formación, supervisión y toma de conciencia del compromiso de trabajo con nuestros pacientes para no caer en la desilusión. Poder pensar sobre nosotros despeja el camino para la gestión de poder pensar con el otro para ofrecerle una ayuda más genuina. La multiplicidad de intervenciones que se pueden ofertar nos hacen reflexionar sobre cual creemos (en el diálogo con la familia) que será el mejor para responder a las necesidades de la demanda explícita e implícita. Digamos que alguien reclama nuestra ayuda y nosotros hemos de pensar en nuestras posibilidades, limitaciones, capacidades para responder de forma honesta con lo que se nos demanda.

La intervención de la psicoterapia de familia es lo más próximo al psicoanálisis individual (no tiene fecha de terminación, la frecuencia es de una vez por semana). La peculiaridad es que se intenta que la terapia incluya a todos los miembros de la familia ( y la falta de alguno de ellos se toma como la dificultad de poder estar en comunicación entre ellos) y se puede dar una coterapia en la que se explora la conflictiva desde los principios psicoanalíticos. El encuadre confronta a la familia sobre todo con las dificultades de estar juntos en relación y comunicación. Es necesaria tanto la formación específica en este tipo de enfoque de abordaje psicoterapéutico como en el propio análisis de la contratransferencia del analista para lograr una mayor objetivación y honestidad en su trabajo profesional (ya que es complicado situarse en el caos de funcionamiento

de algunas familias que requieren del profesional una implicación honesta). La turbulencia inherente al proceso analítico hace necesaria la formación y propio análisis así como las supervisiones.

Es igualmente importante la sensibilización con el dolor emocional de las familias, así como las tareas de apoyo y acompañamiento en las intervenciones psicoterapéuticas ( sin invadir, sin interferir en el propio proceso y sin sentirse exageradamente dañado por tales sufrimientos). Este arte del equilibrio requiere formación profunda y elaboraciones propias, conocimientos sobre técnica y un campo de conocimiento acerca del abordaje en este tipo de intervenciones, todo ello entrelazado desde una profunda comprensión empática.

Las intervenciones breves y focales pueden resultar de utilidad en algunas circunstancias (situaciones de crisis, altas ansiedades centradas en un miembros o en una situación puntual). Se establece y se pacta un foco (que será el núcleo principal de conflicto) sobre el que se trabajará de forma prioritaria (aunque es cierto que el trabajo sobre un determinado foco repercute e influye en otros campos de la experiencia modificando más ampliamente la estructura: ejerciendo cierto efecto dominó). Este es un mecanismo útil sobre todo cuando la intervención está sometida a presiones asistenciales. El riesgo sobre las meras racionalizaciones en torno al conflicto como foco ha de ser tenido en cuenta, sin negar la efectividad de la focalización. El trato adecuado de la experiencia emocional del aquí y ahora al margen de su brevedad pueden tener efectos muy saludables. Otro de los aspectos que inciden en la focalización es la incertidumbre y el rebajamiento de la ansiedad producida por la preocupación acerca del conflicto.

Las intervenciones sobre las interacciones representan un conjunto amplio que una vez elaborada la evaluación da lugar a un determinado encuadre centrado en interacciones delimitadas: madre-bebe, padre-bebe, madre-padre. En el primer ejemplo destacaría las aportaciones de Winnicott y las de la escuela de Ginebra. Stern se centra en las intervenciones familiares construidas desde las representaciones parentales, A. Orstein, siguiendo los planteamientos de Kohut, se centra en los fallos empáticos y su posible restauración en el marco terapéutico. Otras intervenciones abogan por el trabajo con las representaciones de la propia madre o sobre las intervenciones con los padres en el que se enfatizan elementos como las funciones parentales y la consecución de ponerlas en consonancia con otros aspectos como el vínculo amoroso entre los padres. Me parece relevante incluir a los padres en el tratamiento en tanto en cuanto se les hace partícipes de los avances logrados y en cierta medida responsables ( no desde el juicio sino desde la madurez) de los conflictos familiares. La vivencia de los padres en tanto padres que son es importante y ofrecer un espacio de escucha a sus necesidades es un elemento, creo que muy positivo.

La intervención grupal es válida en si misma y es desde este planteamiento desde donde se nos propone la intervención con grupos de padres. Así se puede llevar a cabo de forma más coherente el trabajo realizado desde los principios que profesamos desde el compromiso terapéutico. Con esto se intenta ayudar a los padres a que funcionen mejor como grupo (desde la solidaridad con otros padres afectados que fomenta la mayor toma de conciencia y el reconocimiento de las propias dificultades. La relación como grupo es un representante de la función terapéutica, es una experiencia grupal basada en compartir y clarificar ansiedades grupales como reflejo de ansiedades familiares (en este sentido me recuerda mucho al funcionamiento del grupo operativo descrito por P. Riviere). en este tipo de intervenciones se intenta cuidar el encuadre y la homogeneidad del grupo con respecto al problema que les afecta.

El grupo es un espacio en el que se posibilita el poder pensar juntos, compartir experiencias, miedos, ansiedades, incertidumbres... que desde un marco relacional (y con la concretización del encuadre) facilitará nuevas experiencias y por tanto, nuevas versiones del self que influirá de forma colateral en las interacciones con otros.

Quiero agradecer al autor su capacidad para pensar y hacer pensar a otros y sobre todo me ha resultado muy gratificante la nueva visión que propone: el poder mirar con ojos nuevos. La importancia del mirar y sentirse mirado (que de alguna manera se sustenta en conceptos winnicottianos y kohutianos) me parece claramente revelador en el sentido de un efectivo trabajo con los pacientes. La mirada analítica es su búsqueda de lo profundo debe acostumbrarse a la penumbra de lo mental, sostenerla y ser capaz de percibir los contrastes desde un cierto grado de



Reseña de la obra de Guillermo Salvador  
Beltrán: "Familia. Experiencia Grupal  
Básica".

oscuridad, esto sin quitar la importancia que yo otorgo a la verdad del alumbramiento. Considero que la verdad no solo reside en oscuras cavernas sino en experiencias relacionales que ofrecen rayos de luz reveladores de las verdades subjetivas.

***Cita bibliográfica / Reference citation:***

Martínez, T. (2010). Reseña de la obra de Guillermo Salvador Beltrán "Familia. Experiencia Grupal Básica". *Clínica e Investigación Relacional*, 4 (1): 466-501. [ISSN 1988-2939]